

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



EN EL CINCUENTENARIO DE LA ENCÍCLICA «HAURIETIS AQUAS»

Carta de
Benedicto XVI en
el aniversario de la
«Haurietis aquas»

La encíclica
«Haurietis
aquas» y el
magisterio
de la Iglesia

El beato Pío IX
y la fiesta del
Corazón de
Jesús

Las reliquias
de santa Margarita
visitan México

México renueva la
consagración al
Corazón de Jesús



«Sobre las ruinas acumuladas por el odio
y la violencia podrá edificarse la civilización
del Corazón de Cristo.»

Juan Pablo II, 1986, citado
por Benedicto XVI (15 de mayo de 2006)

Sumario

Carta de Benedicto XVI sobre el culto al Corazón de Jesús en el quincuagésimo aniversario de la encíclica «Haurietis aquas»	3
La encíclica «Haurietis aquas» y el magisterio de la Iglesia <i>Ignacio M.ª Azcoaga Bengoechea</i>	5
En el II centenario de la concesión de la fiesta del Sagrado Corazón a Polonia. Carta apostólica del papa Paulo VI	9
Carta «Disserti interpretes», de Paulo VI al padre Arrupe y otros superiores generales	11
La difusión del culto al Sagrado Corazón de Jesús, confiada a los jesuitas. Carta del papa Juan Pablo II	13
El Corazón de Jesús quiso que fuera el beato Pío IX quien dispusiera que su fiesta se celebrara en toda la Iglesia <i>J.-J. E.-S.</i>	14
Los designios del amor y salvación del Corazón de Cristo en las catequesis de Cirilo de Jerusalén <i>Guillermo Pons Pons</i>	19
Contemplando la vida de Cristo. Se abre el Corazón de Jesús <i>Ramón Gelpí</i>	23
México renueva su consagración al Corazón de Jesús	25
Teología y secularización en España. A los cuarenta años del Concilio Vaticano II	27
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XXIX). El delfín José-Javier y la carmelita Teresa de San Agustín, dos fieles hijos de María Leszcynska <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	28
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	32
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	33
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	35
Orientaciones bibliográficas <i>David Amado</i>	37
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	38
Hace 60 años <i>J. M.ª P. S.</i>	40

Edita

Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración

Duran i Bas, 9, 2ª

Redacción: 93 317 47 33

Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA

<http://www.orlandis.org>

E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EL día 15 de mayo de 1856, el beato Pío IX estableció que la fiesta del Sagrado Corazón debía ser celebrada por la Iglesia universal. A partir de entonces, el magisterio de la Iglesia, a través de los sumos pontífices, ha dado a conocer este maravilloso regalo del Corazón de Cristo, que representa el amor infinito del mismo Dios a todos y cada uno de los hombres.

Desde 1899, año de publicación de la encíclica *Annum Sacrum* y la consagración del mundo al Sagrado Corazón hasta el año 1939, cuando Pío XII publicó su primera encíclica sobre el Sagrado Corazón, *Summi Pontificatus*, todos los papas han impulsado esta devoción, ya fuera con encíclicas, ya con discursos, y el año 1956 el mismo Pío XII quiso conmemorar el centenario de la extensión de la fiesta a toda la Iglesia con la publicación de la encíclica *Haurietis aquas*. En este año celebramos, por lo tanto, el cincuentenario de la publicación de esta encíclica y el ciento cincuenta aniversario de la instauración de la fiesta para toda la Iglesia.

La devoción al Sagrado Corazón siempre ha sido promovida y fomentada por la Iglesia y no sólo, como se dice ahora, antes del Concilio Vaticano II. Y sucede casi siempre que cuando pasa algún tiempo sin que se hable de un tema que ha sido importante en la Iglesia puede dar la impresión de que se trata de un tema «pasado de moda». Sin embargo, como ha ocurrido siempre con la devoción al Sagrado Corazón, los romanos pontífices insisten en ponerla en el lugar preeminente. Así, el papa Benedicto XVI afirma, en una carta al prepósito general de la Compañía de Jesús, con ocasión de este cincuenta aniversario de la encíclica *Haurietis aquas*, que «sigue en pie la tarea siempre actual de los cristianos de continuar profundizando en su relación con el Corazón de Jesús», que no puede ser considerada, por tanto, como una forma pasajera de culto o de devoción. La adoración del amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del «corazón traspasado» su expresión histórico-devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios (cf. enc. *Haurietis aquas*, 62). Además de un artículo sobre la encíclica y de otros trabajos relativos a la devoción al Sagrado Corazón, ofrecemos a nuestros lectores los documentos de los papas Pablo VI (la carta apostólica *Investigabiles divitias*, de 1965), y Juan Pablo II (la carta al prepósito general de la Compañía de Jesús desde Paray-le-Monial, de 1986), en los que insistían de forma clara y rotunda en la necesidad de propulsar esta devoción insustituible entre los fieles.

También nos hacemos eco de que el episcopado mexicano ha querido renovar la consagración de México al Sagrado Corazón de Cristo Rey y nuestra revista, de tanta implantación en Hispanoamérica, quiere unirse de corazón a esta importante efeméride.

Por último, debemos resaltar que en el mes de junio de 1946 apareció un artículo del padre Ramón Orlandis, S.J., titulado «El arco iris de la “Pax Romana”», que vale la pena releer, porque nos expone realmente cuál es la paz a la que aspira la Iglesia y necesita el mundo.

«Sigue en pie la tarea siempre actual de los cristianos de continuar profundizando en su relación con el Corazón de Jesús»

Carta de Benedicto XVI sobre el culto al Corazón de Jesús en el quincuagésimo aniversario de la encíclica «Haurietis aquas»

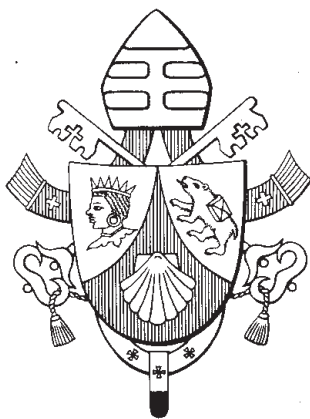
Al reverendísimo padre Peter-Hans Kolvenbach, S.I., preósito general de la Compañía de Jesús

Las palabras del profeta Isaías, «sacaréis agua con gozo de las fuentes de salvación» (Isaías 12, 3), que dan inicio a la encíclica con la que Pío XII recordaba el primer centenario de la extensión a toda la Iglesia de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, no han perdido nada de su significado hoy, cincuenta años después. Al promover el culto al Corazón de Jesús, la encíclica *Haurietis aquas* exhortaba a los creyentes a abrirse al misterio de Dios y de su amor, dejándose transformar por él. Cincuenta años después, sigue en pie la tarea siempre actual de los cristianos de continuar profundizando en su relación con el Corazón de Jesús para reavivar en sí mismos la fe en el amor salvífico de Dios, acogiéndolo cada vez mejor en su propia vida.

El costado traspasado del Redentor es el manantial al que nos invita a acudir la encíclica *Haurietis aquas*: debemos recurrir a este manantial para alcanzar el verdadero conocimiento de Jesucristo y experimentar más a fondo su amor. De este modo, podremos comprender mejor qué significa *conocer* en Jesucristo el amor de Dios, *experimentarlo*, manteniendo fija la mirada en Él, hasta *vivir* completamente de la experiencia de su amor, para poderlo *testimoniar* después a los demás. De hecho, retomando una expresión de mi venerado predecesor, Juan Pablo II, «junto al Corazón de Cristo, el corazón humano aprende a conocer el auténtico y único sentido de la vida y de su propio destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a permanecer alejado de ciertas perversiones del corazón, a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo. De este modo – y ésta es la verdadera reparación exigida por el Corazón del Salvador– sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia podrá edificarse la civilización del Corazón de Cristo» (*Insegnamenti*, vol. IX/2, 1986, p. 843).

Conocer el amor de Dios en Jesucristo

EN la encíclica *Deus caritas est* he citado la afirmación de la primera carta de san Juan: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» para subrayar que en el origen de la vida cristiana está el encuentro con una Persona (Cf. n. 1). Dado que Dios se ha manifestado de la manera más profunda a través de la encarnación de su Hijo, haciéndose «visible» en Él, en la relación con Cristo podemos reconocer quién es verdaderamente Dios (Cf. la encíclica *Haurietis aquas*, 29-41; encíclica *Deus caritas est*, 12-15). Es más, dado que el amor de Dios ha encontrado su expresión más profunda en la entrega que Cristo hizo de su vida por nosotros en la cruz, al contemplar su sufrimiento y muerte podemos reconocer de manera cada vez más clara el amor sin límites de Dios por nosotros: «tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él



no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16).

Por otro lado, este misterio del amor de Dios por nosotros no constituye sólo el contenido del culto y de la devoción al Corazón de Jesús: es, al mismo tiempo, el contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana. Por tanto, es importante subrayar que el fundamento de esta devoción es tan antiguo como el mismo cristianismo. De hecho sólo se puede ser cristiano dirigiendo la mirada a la cruz de nuestro Redentor, «a quien traspasaron» (Juan 19, 37; Cf. Zacarías 12, 10). La encíclica *Haurietis aquas* recuerda que la herida del costado y las de los clavos han sido para innumerables almas los signos de un amor que ha transformado cada vez más incisivamente su vida (Cf. número 52). Reconocer el amor de Dios en el Crucificado se ha convertido para ellas en una experiencia interior que les ha llevado a confesar, junto a Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!» (Juan 20, 28), permitiéndoles alcanzar una fe más profunda en la acogida sin reservas del amor de Dios (Cf. la encíclica *Haurietis aquas*, 49).

Experimentar el amor de Dios dirigiendo la mirada al Corazón de Jesucristo

EL significado más profundo de este culto al amor de Dios sólo se manifiesta cuando se considera más atentamente su contribución no sólo al conocimiento sino también, y sobre todo, a la experiencia personal de ese amor en la entrega confiada a su servicio (Cf. la encíclica *Haurietis aquas*, 62). Obviamente, experiencia y conocimiento no pueden separarse: la una hace referencia a la otra. Además, es necesario subrayar que un auténtico conocimiento del amor de Dios sólo es posible en el contexto de una actitud de oración humilde y de generosa disponibilidad. Partiendo de esta actitud interior, la mirada puesta en el costado traspasado por la lanza se transforma en silenciosa adoración. La mirada al costado traspasado del Señor, del que salen «sangre y agua» (Cf. Jn 19, 34), nos ayuda a reconocer la multitud de dones de gracia que de ahí proceden (Cf. la encíclica *Haurietis aquas*, 34-41) y nos abre a todas las demás formas de devoción cristiana que están comprendidas en el culto al Corazón de Jesús.

La fe, comprendida como fruto del amor de Dios experimentado, es una gracia, un don de Dios. Pero el hombre podrá experimentar la fe como una gracia sólo en la medida en la que él la acepta dentro de sí como un don, del que trata de vivir. El culto del amor de Dios, al que invitaba a los fieles la encíclica *Haurietis aquas* (Cf. *ibídem*, 72), debe ayudarnos a recordar incesantemente que Él ha cargado con este sufrimiento voluntariamente «por nosotros», «por mí». Cuando practicamos este culto, no sólo reconocemos con gratitud el amor de Dios, sino que seguimos abriéndonos a este amor de manera que nuestra vida quede cada vez más modelada por él. Dios, que ha derramado su amor «en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Cf. Romanos 5, 5), nos invita incansablemente a acoger su amor. La invitación a entregarse totalmente al amor salvífico de Cristo (Cf. *ibídem*, n. 4) tiene como primer objetivo la relación con Dios. Por este motivo, este culto totalmente orientado al amor de Dios que se sacrifica por nosotros, tiene una importancia insustituible para nuestra fe y para nuestra vida en el amor.

Vivir y testimoniar el amor experimentado

QUIEN acepta el amor de Dios interiormente queda plasmado por él. El amor de Dios experimentado es vivido por el hombre como una «llamada» a la que tiene que responder. La mirada dirigida al Señor, que «tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mateo 8, 17), nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a la necesidad de los demás. La contemplación en la adoración del costado traspasado por la lanza nos sensibiliza ante la voluntad salvífica de Dios. Nos hace capaces de confiar en su amor salvífico y misericordioso y al mismo tiempo nos refuerza en el deseo de participar en su obra de salvación, convirtiéndonos en sus instrumentos. Los dones recibidos del costado abierto, del que han salido «sangre y agua» (Cf. Juan 19, 34), hacen que nuestra vida se convierta también para los demás en manantial del que manan «ríos de agua viva» (Juan 7, 38) (Cf. la encíclica *Deus caritas est*, 7). La experiencia del amor surgida del culto del costado traspasado del Redentor nos tutela ante el riesgo de replegarnos en nosotros mismos y nos hace más disponibles a una vida para los demás. «En esto hemos conocido lo que es el amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1 Juan 3, 16) (Cf. la encíclica *Haurietis aquas*, 38).

La respuesta al mandamiento del amor se hace posible sólo con la experiencia de que este amor ya nos ha sido dado antes por Dios (Cf. encíclica *Deus caritas est*, 14). El culto del amor que se hace visible en el misterio de la Cruz, representado en toda celebración eucarística, constituye por tanto el fundamento para que podamos convertirnos en personas capaces de amar y entregarse (Cf. encíclica *Haurietis aquas*, 69), convirtiéndonos en instrumentos en las manos de Cristo: sólo así podemos ser heraldos creíbles de su amor. Esta apertura a la voluntad de Dios, sin embargo, debe renovarse en todo momento: «El amor nunca se da por “concluido” y completado» (Cf. encíclica *Deus caritas est*, 17). La contemplación del «costado traspasado por la lanza», en la que resplandece la voluntad sin límites de salvación por parte de Dios, no puede ser considerada por tanto como una forma pasajera de culto o de devoción: la adoración del amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del «corazón traspasado» su expresión histórico-devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios (Cf. encíclica *Haurietis aquas*, 62).

Con el deseo de que el quincuagésimo aniversario sirva para estimular en tantos corazones una respuesta cada vez más fervorosa al amor del Corazón de Cristo, le imparto a usted, reverendísimo padre, y a todos los religiosos de la Compañía de Jesús, siempre sumamente activos en la promoción de esta devoción fundamental, una especial bendición apostólica.

Vaticano, 15 de mayo de 2006
BENEDICTUS PP. XVI

La encíclica «Haurietis aquas» y el magisterio de la Iglesia

IGNACIO M.^a AZCOAGA BENGOCHEA

LA crisis de fe que nos toca vivir en estos tiempos está estrechamente vinculada a una actitud de no aceptación, cuando no de rebeldía, hacia la enseñanza del magisterio de la Iglesia. Vinculada a esta situación se halla la devoción al Corazón de Jesús que aun siendo el remedio más idóneo para los males de nuestro tiempo, tiene una presencia muy limitada en las pastorales diocesanas.

En contraste con todo esto, el magisterio de la Iglesia ha promovido la devoción al Corazón de Jesús como ninguna otra, aprobando, de esta manera, con documentos del Magisterio, sean encíclicas, exhortaciones apostólicas, mensajes, entre otros, no sólo el sentido de esta devoción, sino también las revelaciones privadas de Paray-le-Monial, mediante las cuales el Redentor quiso extender por toda la Iglesia esta devoción para los últimos tiempos.

Con este artículo deseo traer a la consideración de los lectores de la revista algunas reflexiones para suscitar el interés por la lectura de la encíclica *Haurietis aquas* en el año en el que se cumplen los cincuenta años de su publicación.

Antes de examinar algunos aspectos doctrinales de la encíclica, en relación con el culto del Corazón de Jesús, veremos la actitud del magisterio de la Iglesia en relación con esta devoción; después examinaremos los argumentos contra las objeciones que el Papa expone en la encíclica; posteriormente, pasaremos a la exposición del Papa sobre la naturaleza íntima de la devoción al Corazón de Jesús; también haremos alguna consideración sobre el fundamento de la devoción al Corazón de Jesús y su propagación; para finalizar la propuesta de esta devoción como el mejor remedio para los males de hoy.

El Papa ejerce la autoridad recibida de Jesucristo

EN el artículo «La devoción al Sagrado Corazón de Jesús en el magisterio de la Iglesia» publicado en el número de *Cristiandad* de junio del año 2001, recuerda José María Petit Sullá que el papa Juan XXIII, en la carta apostólica *Inde a primis* de 30 de junio de 1960, decía: «y con tan singular honor apoyaron los romanos pontífices, con admirable unanimidad esta forma de culto religioso, que no sólo pusieron en claro su virtud y fuerza,

sino que también declararon su legitimidad y promovieron su uso».

En el artículo se hace memoria, también, de que León XIII mencionó la serie de pontífices predecesores suyos que habían favorecido en su tiempo esta naciente devoción. Citaba, en la *Annum Sacrum*, a Inocencio XII, Benedicto XIII, Clemente XIII, Pío VI, Pío VII y Pío IX. Con posterioridad a León XIII y antes de Juan XXIII hay que hablar, en particular, de san Pío X, Pío XI y Pío XII; estos dos últimos, autores de encíclicas monográficamente dedicadas al culto al Sagrado Corazón. También en la serie de papas que han tratado de la devoción al Corazón de Jesús hay que citar a Pablo VI, que celebró el segundo centenario de la institución por Clemente XIII de la fiesta litúrgica al Corazón de Jesús en 1765 para Polonia y la Archicofradía Romana del Corazón de Jesús por medio de la carta *Investigabiles divitias Christi*.

El recordado Juan Pablo II ha impulsado la devoción al Corazón de Jesús, no sólo en las enseñanzas de sus encíclicas en que lo hace, como en la *Redemptor hominis* y, sobre todo, en la *Dives in misericordia*, sino también porque empleó como tema de meditación las letanías del Corazón de Jesús, convocó al prepósito general de la Compañía de Jesús en Paray-le-Monial, lugar de las apariciones a santa Margarita, para entregarle una carta en la tumba del beato Claudio la Colombière, que después canonizaría, escribió cartas apostólicas relativas a esta devoción con ocasión de su visita, celebró el centenario de la consagración del mundo por León XIII al Corazón de Jesús, e impulsó la devoción a la Divina Misericordia, que se identifica con la devoción al Corazón de Jesús, a la que consagró el mundo, tras canonizar a Faustina Kowalska, vidente del divino Corazón, bajo esta advocación.

A la vista de la profusión de doctrina de un papa tras otro, José María Petit Sullá decía que se pone de manifiesto que no se trata de la devoción de un determinado papa, o de una determinada época y concluía el artículo diciendo que no puede darse esta unanimidad sin la reiterada asistencia del Espíritu Santo.

Si se atiende al contenido de la propia encíclica *Haurietis aquas*, se puede afirmar que la enseñanza del magisterio de la Iglesia sobre el Corazón de Jesús es doctrina infalible. En efecto, desde el princi-

pio del documento, el Papa apela a la autoridad recibida de Jesucristo:

«Nos, que por divina disposición hemos sido constituido guardián y dispensador del tesoro de la fe y de la piedad que el divino Redentor ha confiado a la Iglesia, consciente del deber de nuestro oficio, amonestamos a todos aquellos de nuestros hijos que, a pesar de que el culto al Sagrado Corazón de Jesús, venciendo la indiferencia y los errores humanos, ha penetrado ya en su Cuerpo místico, todavía abrigan prejuicios hacia él y aun llegan a reputarlo menos adaptado, por no decir nocivo, a las necesidades espirituales de la Iglesia y de la humanidad en la hora presente, que son las más apremiantes».

Habla, por tanto, en virtud de haber sido constituido guardián y dispensador del tesoro de la fe y de la piedad que el divino Redentor ha confiado a la Iglesia; y consciente del deber de su oficio de Maestro y Pastor de la Iglesia universal.

Lo hace, además, con la intención de corregir doctrinas y actitudes que frenan y obstaculizan la expansión de la devoción, dada por el mismo Redentor, como el mejor y más oportuno remedio para los males de hoy. Es decir, ejerce su autoridad para corregir unos errores y para exponer una doctrina y una práctica religiosa que conduce a la perfección de la vida cristiana. Si en un documento de esta naturaleza, el Magisterio no fuera infalible, habría fallado la promesa del mismo Cristo sobre la asistencia del Espíritu Santo hasta el fin de los tiempos, lo cual es imposible.

La clara e insistente enseñanza de los romanos pontífices, cuyo magisterio concuerda plenamente con las expresiones más vivas y auténticas de la verdad de la fe cristiana, católica, no consiente a nadie dudar, sea desde el punto de vista dogmático, o del ascético-místico, del simbolismo del corazón físico de Jesucristo, respecto del Amor increado, común a las tres divinas Personas, manifestándose en la creación y, sobre todo, en la redención del género humano.

Objeciones a la devoción al Corazón de Jesús

EL Papa recoge en su encíclica una serie de críticas y objeciones a la devoción al Corazón de Jesús. Decía que hay quienes critican esta devoción por fomentar el naturalismo y el sentimentalismo. Algunos juzgan que es un culto superfluo que cada uno puede a su arbitrio practicar o no porque lo confunden y equiparan con las diversas formas particulares de devoción. Otros lo consideran un culto de poca o ninguna utilidad. Los hay que consideran este culto una devoción más saturada de sentimientos que constituida por pensamien-

tos y afectos nobles; así, la juzgan más propia de la sensibilidad de las mujeres piadosas que de la seriedad de los espíritus cultivados. Los hay que no creen que esta devoción sea a propósito para reanimar la espiritualidad moderna, sobre todo en una sociedad plenamente dominada por el indiferentismo religioso que niega toda norma para distinguir lo verdadero de lo falso y que, además, se halla penetrada por los principios del materialismo ateo y del laicismo.

El empeño apologético del Papa, en relación con el culto al Sagrado Corazón, se pone de manifiesto a lo largo de toda la encíclica. Uno de los argumentos a favor de la devoción, que se repiten varias veces, es que la doctrina del magisterio de la Iglesia de los últimos tiempos la ha propuesto a los fieles con expresiones y actos no comparables a los de otros cultos y devociones. Al comienzo de la encíclica cita dos pasajes, uno de León XIII que llamó a la devoción al Corazón de Jesús, práctica religiosa dignísima de todo encomio y poderoso remedio para los males de nuestros días. Otro, de Pío XI que calificó esta devoción como el compendio de toda religión y aun la norma de vida más perfecta y la consideró como el medio más suave de encaminar las almas al profundo conocimiento de Cristo y el medio más eficaz para amarle con más ardor y para imitarle con mayor fidelidad y eficacia.

En la parte final de la encíclica afirma que, desde los primeros documentos oficiales relativos al culto al Corazón de Jesús, fue constante la persuasión de la Iglesia de que sus elementos esenciales, que son los actos de amor y de reparación, constituyen una norma de piedad en la que se cumple perfectamente la religión espiritual y verdadera que anunció Jesucristo.

De la misma forma, dice el Papa, que es en la persona misma del Verbo encarnado donde termina el culto a las imágenes, «del elemento corpóreo —el Corazón de Jesucristo— y de su natural simbolismo es legítimo y justo que, llevados en alas de la fe, nos elevemos no sólo a la contemplación de su amor sensible, sino más alto aún, hasta la consideración y adoración de su excelentísimo amor infundido, y, finalmente, en un vuelo sublime y dulce a un mismo tiempo, hasta la meditación y adoración del Amor divino del Verbo encarnado. De hecho, a la luz de la fe —por la cual creemos que en la Persona de Cristo están unidas la naturaleza humana y la naturaleza divina— nuestra mente se torna idónea para concebir los estrechísimos vínculos que existen entre el amor sensible del corazón físico de Jesús y su doble amor espiritual, el humano y el divino».

Por todo ello, el Papa exhorta a que se practique con fervor la devoción al Corazón de Jesús, ya que se trata de un culto que está arraigado desde hace mucho tiempo en la Iglesia, que se apoya en los evan-

gelios, que tiene a su favor la Tradición y la sagrada Liturgia y que los romanos pontífices no sólo la han ensalzado con alabanzas y no se contentaron con instituir una fiesta en su honor, sino que tomaron, además, la iniciativa de dedicar y consagrar solemnemente todo el género humano al Sagrado Corazón.

La naturaleza íntima de la devoción al Corazón de Jesús

EL Papa, por medio de la encíclica, trata de que esta devoción se extienda por toda la Iglesia dado lo benefactora que es para los individuos, las familias, las naciones e incluso el orbe entero.

Para ello, busca los fundamentos teológicos de la devoción al Corazón de Jesús, en la Sagrada Escritura y la Tradición, después pone de manifiesto la conexión que hay entre esta devoción y el culto al que están obligados todos los hombres *a dar a su amor y al amor de la misma Santísima Trinidad a todo el género humano*. De ahí se podrá ver por qué el culto al Corazón de Jesús ha adquirido singular importancia en la liturgia y en la vida de la Iglesia.

Uno de los elementos esenciales que pone de manifiesto el valor de esta devoción es el doble motivo que señala el Papa, por el que la Iglesia tributa el culto de latría al Corazón de Jesús: el primero, por estar unido hipostáticamente a la Persona del Verbo de Dios, como cualquier otro órgano del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Recuerda el Papa que se trata de una verdad de fe divina y católica definida en los concilios ecuménicos de Éfeso y II de Constantinopla. El segundo, se refiere de forma más específica al mismo Corazón del divino Redentor *porque su Corazón es un signo o símbolo natural de su inmensa caridad hacia el género humano*.

La naturaleza íntima de la devoción al Corazón de Jesús y su valor y trascendencia para la vida de la gracia se pone de manifiesto al considerar el misterio de la infinita caridad del Verbo Encarnado.

En efecto, el misterio de la Redención es un misterio de amor, tanto del amor justo de Cristo a su Padre celestial, como un misterio de amor misericordioso de la Trinidad hacia toda la humanidad. Es Jesucristo mismo el autor de la reconciliación entre la divina justicia y la divina misericordia, ya

que fue Cristo quien pudo restablecer la amistad entre Dios y los hombres.

Ahora bien, así como el amor de Dios en el Antiguo Testamento fue de índole únicamente espiritual, el amor del Corazón de Jesús comprende no sólo la caridad divina, sino también los sentimientos de un afecto humano. Ya que, así como Jesús poseía un verdadero cuerpo humano, dotado de todos los sentimientos, incluido el amor, estuvo dotado de un corazón físico, en todo semejante al nuestro. De manera que no hay duda de que el Corazón de Cristo, unido hipostáticamente a la Persona divina del Verbo,

palpitó de amor y de todo otro afecto sensible.

El núcleo, pues, de la devoción al Corazón de Jesús, estriba en que el Corazón del Verbo encarnado es símbolo del triple amor de Cristo con el que el Divino Redentor ama al Padre y a todos los hombres. Es símbolo del amor que en Cristo es común con el Padre y el Espíritu Santo. Es, además, símbolo de la caridad infundida en su alma que constituye la dote de su voluntad humana y, finalmente, es símbolo de su amor sensible.

La propagación de la devoción al Corazón de Jesús y las revelaciones privadas

EL Papa, que busca con la encíclica mostrar los fundamentos teológicos y escriturísticos de la devoción al Corazón de Jesús para que no se piense que el fundamento de tal devoción estriba en las revelaciones privadas a una religiosa, después de haber revisado varios pasajes del Antiguo, del Nuevo Testamento y de los Padres de la



Pío XII, autor de la encíclica «*Haurietis aquas*»

Iglesia, se ve en la necesidad de confesar que «los autores sagrados y los Padres no relacionan el corazón físico con los afectos humanos de Cristo hasta hacer de él expresamente un símbolo de su amor infinito», que es precisamente en lo que estriba la devoción al Corazón de Jesús manifestada por Jesucristo mismo a santa Margarita.

De todas formas, señala el Papa que «los evangelistas frecuentemente ponen de relieve su divino amor y todos los demás afectos relacionados con su Corazón, como: el deseo, la alegría, la tristeza, el temor y la ira, según se manifiestan en las expresiones de su mirada, palabras y actos».

El Papa recuerda los nombres de algunos que pueden ser considerados precursores del culto al Corazón de Jesús como: san Buenaventura, san Alberto Magno, santa Gertrudis, santa Catalina de Siena, el beato Enrique Suso, san Pedro Canisio y san Francisco de Sales. San Juan Eudes es el autor del primer oficio litúrgico en honor del Sagrado Corazón de Jesús, cuya fiesta solemne se celebró por primera vez, con el beneplácito de muchos obispos de Francia, el 20 de octubre de 1672.

En la encíclica, santa Margarita María de Alacoque es calificada como la promotora especial del culto al Sagrado Corazón «porque su celo, iluminado y ayudado por el de su director espiritual —el beato Claudio la Colombière—, consiguió que este culto, ya tan difundido, haya alcanzado el desarrollo que hoy suscita la admiración de los fieles cristianos, y que, por sus características de amor y reparación, se distingue de todas las demás formas de la piedad cristiana».

Reconoce el Papa que no puede decirse, «ni que este culto deba su origen a revelaciones privadas, ni cabe pensar que apareció de improviso en la Iglesia». Y que las revelaciones de que fue favorecida santa Margarita María ninguna nueva verdad añadieron a la doctrina católica, pero que su importancia consiste en que «el Redentor —al mostrar el Señor su Corazón Sacratísimo— de modo extraordinario y singular quiso atraer la consideración de los hombres a la contemplación y a la veneración del

amor tan misericordioso de Dios al género humano. De hecho, mediante una manifestación tan excepcional, Jesucristo expresamente y en repetidas ocasiones mostró su Corazón como el símbolo más apto para estimular a los hombres al conocimiento y a la estima de su amor; y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de su misericordia y de su gracia para las necesidades espirituales de la Iglesia en los tiempos modernos».

La devoción al Corazón de Jesús, el mejor remedio para los males de hoy

EL Papa propone la devoción al Corazón de Jesús, unida a la devoción al Corazón Inmaculado de la Virgen, como el mejor remedio para los grandes males que aquejan al mundo contemporáneo, tan alejado de Dios.

En la encíclica, el Papa afirma que ni la Iglesia, ni la sociedad civil han alcanzado aún el grado de perfección que corresponde a los deseos de Jesucristo, Esposo místico de la Iglesia y Redentor del género humano. En parte, porque no pocos hijos de la Iglesia afean con sus manchas el rostro materno, pero, sobre todo, lo que más le atormentan son las maquinaciones de los impíos que, ahora más que nunca, parecen incitados por el enemigo infernal en su odio implacable y declarado contra Dios, contra la Iglesia. Señala que el mayor delito que puede cometer el hombre creado a imagen y semejanza de Dios y destinado a gozar de su amistad perfecta y eterna en el cielo, es el odio contra Dios.

El Papa concluye la encíclica diciendo que «con el ardiente deseo de poner una firme muralla contra las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia, y también de hacer que las familias y las naciones vuelvan a caminar por la senda del amor a Dios y al prójimo», propone la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como escuela efficacísima de caridad divina, en la que «se ha de fundar aquel Reino de Dios que urge establecer en las almas de los individuos, en la sociedad familiar y en las naciones».

Santa Margarita y san Claudio la Colombière

Entre todos los promotores de esta excelsa devoción merece un puesto especial santa Margarita María de Alacoque, porque su celo, iluminado y ayudado por el de su director espiritual —el beato Claudio la Colombière—, consiguió que este culto, ya tan difundido, haya alcanzado el desarrollo que hoy suscita la admiración de los fieles cristianos, y que, por sus características de amor y reparación, se distingue de todas las demás formas de la piedad cristiana.

Haurietis aquas, núm. 26

En el II centenario de la concesión de la fiesta del Sagrado Corazón a Polonia

Carta apostólica del papa Paulo VI

LAS «inescrutables riquezas de Cristo» (Ef 3, 8), que brotaron del costado abierto del Redentor divino en el momento en que, muriendo en la cruz, reconcilió con el Padre celestial al género humano, han sido iluminadas más intensamente en estos últimos tiempos por el progreso del culto al Sagrado Corazón de Jesús, del que se han derivado gozosos frutos en beneficio de la Iglesia.

En efecto, después que nuestro misericordioso Salvador, apareciéndose, como se refiere, a la religiosa elegida Margarita María de Alacoque en la pequeña ciudad de Paray-le-Monial, repetidamente pidió que todos los hombres, como en pública competencia de oraciones, honrasen a su Corazón, herido por nuestro amor, y de todas las maneras reparasen las ofensas a Él in-feridas, el culto al Sagrado Corazón —ya introducido en diversos lugares por obra e impulso de san Juan Eudes— floreció maravillosamente entre el clero y pueblo cristiano, y se difundió en todos los continentes.

La Sede Apostólica coronó esta veneración, cuando, el 6 de febrero de 1765, Clemente XIII, nuestro predecesor de venerable memoria, acogiendo la instancia del episcopado de Polonia y de la Archicofradía romana llamada del Corazón de Jesús, concedió a la noble nación polaca y al mencionado sodalicio romano, el celebrar la fiesta litúrgica en honor del Sagrado Corazón, con el oficio y la misa propia, aprobando así el decreto, ya emanado de la Sagrada Congregación de Ritos el 26 de enero de aquel año. (Cf. *Haurietis aquas*, de Pío XII, A. A. S. 48, p. 341; A. Gardellini, *Decreta authentica S. R. G.*, t. II, 1855, n. 4324; t. III, 1857, n. 4579, 3.)

Sucedió de tal manera que, apenas pasados se-

tenta y cinco años de la muerte de la humilde hermana visitandina, entró en uso la fiesta litúrgica y particulares ritos en honor del Sagrado Corazón de Jesús: y todo esto acogido no solamente por el rey, los obispos y los fieles de Polonia al unísono con los miembros de la archicofradía Romana del Sa-

grado Corazón, sino también por las hermanas de la Orden de la Visitación, por toda esta alma ciudad, por los obispos y la reina de la noble nación francesa, por los superiores y religiosos de la Compañía de Jesús, de manera que en breve tiempo el culto al Sagrado Corazón se extendió a casi toda la Iglesia, suscitando en las almas frutos conspicuos de santidad.

Sabemos con viva complacencia que por este motivo se están preparando aquí y allá solemnes conmemora-

ciones, con ocasión del segundo centenario de la fausta institución: sobre todo en la diócesis de Autun, en la que se halla la pequeña ciudad de Paray-le-Monial; especialmente en el espléndido templo que allí se alza, donde afluyen de todas partes las pías multitudes de peregrinos que vienen a venerar el lugar, donde, como se cree, los secretos del Corazón de Jesús fueron tan maravillosamente revelados, y se difundieron por todo el mundo.

He aquí, por tanto, Nuestros deseos, Nuestra voluntad: a saber, que en esta ocasión, la institución de la fiesta del Sagrado Corazón, puesta oportunamente en evidencia, sea celebrada con digno relieve por vosotros todos, venerables hermanos, que sois los obispos de la Iglesia de Dios, y por las poblaciones a vosotros confiadas. Deseamos que a todas las categorías de fieles sean explicados del modo más apto y completo, los profundos y escondidos fundamentos doctrinales, que ilustran los tesoros infini-



tos de caridad del Sagrado Corazón; y que se celebren particulares funciones sagradas, que enciendan lo más posible la devoción hacia tal culto, digno de la más alta consideración, con objeto de alcanzar que todos los cristianos, animados por nuevas disposiciones de espíritu, presten el debido honor a aquel Corazón divino, reparen los innumerables pecados con testimonios de obsequio, siempre más fervorosos y conformen su vida entera a los preceptos de la verdadera caridad, que es el cumplimiento de la Ley (Rom 13, 10).

Porque, en efecto, el Sagrado Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad, es símbolo e imagen expresiva de aquel eterno amor, por el cual Dios amó tanto al mundo que le dio su Unigénito Hijo (Jn 3, 16), estamos seguros que dichas conmemoraciones contribuirán muchísimo a lograr que las riquezas del amor divino sean profundamente estudiadas y bien comprendidas; y albergamos también la confianza de que todos los fieles sabrán sacar de las mismas inspiración siempre más resuelta a configurar su propia vida al Evangelio, a enmendar diligentemente las costumbres, a poner en práctica la ley del Señor. Pero en primer lugar deseamos que, por medio de una más intensa participación en el Sacramento del Altar, sea honrado el Corazón de Jesús, cuyo don más grande es precisamente la Eucaristía. En el Sacrificio Eucarístico, en realidad, se inmola y se recibe a nuestro Salvador, siempre vivo para interceder por nosotros (Hebr 7, 25), cuyo corazón fue abierto por la lanza del soldado y derramó sobre el género humano el manantial de su preciosa sangre, mezclada con agua; en este excelso sacramento, que es además vértice y centro de los otros sacramentos, la dulzura espiritual es gustada en su misma fuente, y se recuerda aquella insigne caridad, que Cristo ha demostrado en su pasión (S. Tomas Aq., *Opusculum* 57). Es necesario pues que –para usar las palabras de san Juan Damasceno– «nos acerquemos a Él con deseo ardiente... a fin de que el fuego de nuestro deseo, recibiendo como el ardor las brasas, destruya, quemándolos, nuestros pecados e ilumine los co-

razones, y de tal modo, en el contacto habitual con el fuego divino, lleguemos a ser ardientes también nosotros y semejantes a Dios» (*De fide orthod.* 4, 13; P. G. 94, 1150).

Esta razón nos parece por eso máximamente idónea para hacer así que el culto al Sagrado Corazón, que –lo decimos con dolor– se ha enfriado un poco en algunos, reflorezca cada día más, y sea considerado por todos como una forma nobilísima y digna de aquella verdadera piedad, que en nuestro tiempo, especialmente por obra del Concilio Vaticano II, viene insistentemente pedida hacia Jesucristo, Rey y centro de todos los corazones, «cabeza del cuerpo, que es la Iglesia... el principio, el primogénito de los redivivos, a fin de que en todo tenga Él el primado» (Col 1, 18).

Y así como el Sacrosanto Concilio Ecuménico aconsejó sobremanera «los piadosos ejercicios del pueblo cristiano... especialmente cuando se hacen por voluntad de la Sede Apostólica» (*Constitutio de Sacra Liturgia*, art. 13), esta forma de devoción parece deberse inculcar sumamente: de hecho, como hemos recordado arriba, consiste esencialmente en la adoración y reparación dignamente prestadas a Cristo, y está fundada sobre todo en el misterio augusto de la Eucaristía, de la que como de otras acciones litúrgicas «consigue aquella santificación de los hombres, en Cristo, y aquella glorificación de Dios, a que tienden todas las demás obras de la Iglesia, como a su fin» (íd. art. 10).

Con el augurio de que las celebraciones que ordenéis puedan contribuir de la manera más eficaz a perdurables progresos en la vida cristiana, invocamos para vosotros los dones abundantes del Divino Redentor, mientras en prenda de nuestra benevolencia, impartimos con gran afecto, a vosotros, venerables hermanos, a todos los sacerdotes, a las comunidades religiosas y a los fieles, confiados a vuestro cuidado, nuestra bendición apostólica.

Roma, junto a la Basílica de San Pedro, 6 de febrero del año 1965, segundo de nuestro pontificado.

En los actos de amor y reparación del culto al Sagrado Corazón se cumple la verdadera religión

Constante persuasión de la Iglesia, maestra de verdad para los hombres, ya desde que promulgó los primeros documentos oficiales relativos al culto al Corazón Sacratísimo de Jesús, fue que sus elementos esenciales, es decir, los actos de amor y de reparación tributados al amor infinito de Dios hacia los hombres, lejos de estar contaminados de *materialismo* y de superstición, constituyen una norma de piedad, en la que se cumple perfectamente aquella religión espiritual y verdadera que anunció el Salvador.

Haurietis aquas, núm. 28

«Es absolutamente necesario que los cristianos adoren pública y privadamente a aquel Corazón de cuya plenitud todos hemos recibido»

Los superiores generales de las congregaciones religiosas consagradas a la difusión del culto al Corazón de Jesús, mostraron al papa Paulo VI su adhesión y agradecimiento por la anterior carta apostólica, de 6 de febrero de 1965. En respuesta, Paulo VI dirigió a dichos superiores, entre los cuales consta el nombre del padre Pedro Arrupe, prepósito general de la Compañía de Jesús, la carta Disserti interpretes, que reproducimos íntegramente. (De la revista Settimana del clero, 15-22 de agosto de 1965)

A los amados hijos: E. Systemann SSCC, L. Carrieri MSSCC, G. Van Kerkhoven MSC, G. De Palma SCI, A. Le Bourgeois CIM, P. Arrupe, S. J.

Amados hijos, salud y apostólica bendición.

Interpretando el deseo de las congregaciones religiosas que dirigís con tanta solicitud y también en nombre de otras congregaciones que como las vuestras toman nombre del Sagrado Corazón, habéis querido presentarnos vuestro filial agradecimiento por las letras apostólicas *Investigabiles divitias* que el 6 de febrero dirigimos a los Pastores de la Iglesia universal, en el segundo centenario de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón.

Con verdadera alegría y emoción hemos recibido el testimonio de vuestra devoción y leído vuestras palabras, porque por ellas hemos podido comprender bien cuán grande es el amor que profesáis vosotros y estos religiosos al Sacratísimo Corazón de Jesús y al misterio de su eterno amor y con cuánta fidelidad deseáis permanecer unidos a Aquel del que vuestras congregaciones toman la norma de su vida, el estímulo a la virtud y el celo misional.

Ya que, según hemos manifestado en nuestra carta, deseamos ardientemente que «el culto al Sagra-

do Corazón florezca cada día más y sea apreciado por todos como una forma egregia de verdadera piedad», nuestro ánimo se llena de gozo viendo que las filas humildes y generosas de vuestros religiosos, que son ejemplo a los hombres de nuestro tiempo,

buscan profundizar en el motivo por el que deben cultivar esta devoción y tomar de ella fuerza «para conformar íntimamente la vida al Evangelio y corregir los defectos, para poner en práctica los preceptos de la ley divina».

Juzgamos que esta es vuestra genuina tarea, vuestra actividad propia: a saber, que, siguiendo la sagrada vocación que habéis aceptado libremente, difundáis cada vez más el amor al Sagrado Corazón y mostréis a todos con la palabra y el ejemplo cuán necesario sea que la esperada renovación del pensamiento y de la vida y la mayor eficacia de las instituciones de la Iglesia según los principios del Concilio Ecuménico Vaticano II, tomen precisa-

mente del Sagrado Corazón su inspiración y su impulso.

De hecho, como es sabido, el sacrosanto Concilio quiere obtener sobre todo la renovación de los principios de vida, públicos y privados en todos los campos, y con tal fin ha puesto de relieve el misterio de la Iglesia.



Pero este misterio no podrá ser bien comprendido sino a condición de que se contemple aquel eterno amor del Verbo encarnado cuyo símbolo magnífico es el corazón traspasado. Como se lee en la constitución dogmática conciliar la Iglesia, esto es, el Reino de Cristo ya misteriosamente presente, crece por virtud de Dios visiblemente en el mundo. Este nacimiento y este crecimiento se significan por el agua y la sangre que brotan del costado abierto de Jesús crucificado» (*De Eccl.* núm. 3).

Del corazón traspasado del Redentor nació la Iglesia y de Él brota su desarrollo, pues Cristo «amó a la Iglesia, y se entregó por ella, para santificarla, purificándola por el baño del agua mediante la palabra de vida» (Ef 5, 25-26).

Por este motivo es absolutamente necesario que los cristianos adoren públicamente y privadamente a aquel corazón de cuya plenitud todos hemos recibido, y de Él aprendan cómo debe ordenarse su vida para que pueda responder a las exigencias de estos tiempos. En el Sagrado Corazón, en efecto, tiene su origen la sagrada Liturgia, porque es el Templo santo de Dios del que se eleva al Eterno Padre el sacrificio de propiciación «por el cual Él puede salvar siempre a quienes se presentan a Dios por Él» (Hbr 7,25).

Además, la Iglesia encuentra en el Sagrado Corazón su estímulo para buscar todos los medios y auxilios para que los hermanos separados puedan llegar a la plena unidad con la Cátedra de Pedro; así como para que también los que no son cristianos «conozcan al solo y verdadero Dios y a Aquel a quien ha enviado: Jesucristo» (Io 17, 3).

Porque el celo pastoral y misional se inflama especialmente cuando los sacerdotes y los fieles,

por la gloria divina, mirando al ejemplo del eterno amor que Jesucristo nos ha mostrado, dirigen sus esfuerzos a comunicar a todos las riquezas de Cristo.

No hay quien no vea que sean estos sobre todo los ardientes deseos que el Concilio Ecuménico hace crecer, no sin inspiración del Espíritu Santo, en los ánimos de los fieles.

Así pues, mientras nos esforzamos en que estas esperanzas se conviertan en feliz realidad, es necesario pedir al Salvador divino con gran insistencia la luz y la fuerza que nos ofrece el Corazón traspasado y que nos excitan a llevarlas a la práctica.

Después de haber abierto, con paternal esperanza, nuestra mente a vosotros y a vuestros religiosos, ya que estáis ligados por título particular al Sagrado Corazón, os dirigimos nuestras exhortaciones a fin de que llevéis a cabo con constancia fuerte y serena aquellas obras de apostolado que habéis aceptado como vuestra parte propia en la Iglesia y realicéis así una obra que contribuya a este gran designio.

Dé fuerza a vuestros santos propósitos el Sagrado Corazón de Jesús; os proteja la Virgen María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, ella que está íntimamente unida al misterio y a la obra de la Redención.

Para que descendan sobre vosotros abundantemente los dones celestiales os impartimos de corazón a vosotros y a todas las familias religiosas que regís, y a todas las congregaciones que toman nombre del Sagrado Corazón, la bendición apostólica como prenda de nuestra benevolencia.

PAULO VI

El culto al Sagrado Corazón es el mismo culto al amor de Dios

El culto al Sacratísimo Corazón de Jesús no es sustancialmente sino el mismo culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, al mismo tiempo que el ejercicio de nuestro amor a Dios y a los demás hombres. Dicho de otra manera: este culto se dirige al amor de Dios para con nosotros, proponiéndolo como objeto de adoración, de acción de gracias y de imitación; además, considere la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres como la meta que ha de alcanzarse por el cumplimiento cada vez más generoso del mandamiento «nuevo», que el Divino Maestro legó como sacra herencia a sus Apóstoles, cuando les dijo: «Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis los unos a los otros como yo os he amado...».

Haurietis aquas, núm. 29

La difusión del culto al Sagrado Corazón de Jesús, confiada a los jesuitas

Carta del papa Juan Pablo II al prepósito general de la Compañía de Jesús, entregada en la capilla del beato Claudio la Colombière, en Paray-le-Monial, el 5 de octubre de 1986.

Al Rvdo. P. Peter Hans Kolvenbach, prepósito de la Compañía de Jesús.

En mi peregrinación a Paray-le-Monial he querido venir a orar a la capilla donde se venera la tumba del beato Claudio la Colombière. El fue «el siervo fiel» que el Señor, en su amor providencial, concedió como director espiritual a santa Margarita María de Alacoque, fue esto lo que le impulsó a ser el primero en difundir su mensaje. En pocos años de vida religiosa y de ministerio intenso, se reveló como un «hijo ejemplar» de la Compañía de Jesús a la que, según el testimonio de la misma santa Margarita María, Cristo había confiado el encargo de difundir el culto a su Corazón divino.

Sé con cuánta generosidad la Compañía de Jesús ha acogido esta admirable misión y con cuánto ardor ha buscado cumplida lo mejor posible en el curso de estos tres últimos siglos: ahora bien, deseo, en esta ocasión solemne, exhortar a todos los miembros de la Compañía a que promuevan con mayor celo aún esta devoción que corresponde más que nunca a las expectativas de nuestro tiempo.

Efectivamente, el Señor en su Providencia quiso que en el umbral de los tiempos modernos, en el siglo XVII, partiese de Paray-le-Monial un poderoso impulso en favor de la devoción al Corazón de Cristo, bajo las formas indicadas en las revelaciones recibidas por santa Margarita María; sin embargo, los elementos esenciales de esta devoción pertenecen de manera permanente a la espiritualidad propia de la Iglesia a lo largo de toda la historia. Pues desde el principio la Iglesia ha dirigido su mirada hacia el Corazón de Cristo traspasado en la cruz, del cual brotó sangre yagua, símbolo de los sacramentos que constituyen la Iglesia. Y, en el Corazón del Verbo encarnado, los Padres de Oriente y de Occidente cristianos han visto el comienzo de toda la obra de nuestra salvación, fruto del amor del divino Redentor del que este corazón traspasado es un símbolo particularmente expresivo.

El deseo de «conocer íntimamente al Señor» y de «mantener un diálogo» con Él, corazón a corazón, es característico, gracias a los Ejercicios Espi-

rituales, del dinamismo espiritual y apostólico ignaciano, todo él al servicio del amor del Corazón de Dios.

El Concilio Vaticano II, al recordarnos que Cristo, Verbo encarnado, nos «amó con corazón de hombre», nos asegura que «su mensaje, lejos de empequeñecer al hombre, difunde luz, vida y libertad para el progreso humano y, fuera de Él, nada puede llenar el corazón del hombre» (cf. *Gaudium et spes*, 22). Frente al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así —y ésta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador— sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, podrá levantarse la tan deseada civilización del amor, el Reino del Corazón de Cristo.

Así como el año pasado, con ocasión del Congreso del Apostolado de la Oración, os confié especialmente esta obra estrechamente ligada a la devoción al Sagrado Corazón, igualmente hoy, durante mi peregrinación a Paray-le-Monial, os pido que despleguéis todos los esfuerzos posibles para desempeñar cada vez mejor el encargo que Cristo mismo os ha confiado: difundir el culto a su Corazón divino.

Los abundantes frutos espirituales que ha producido la devoción al Corazón de Jesús son bien reconocidos. Expresándose sobre todo mediante la práctica de la hora santa, de la confesión y comunión en los primeros viernes de mes, ha servido para mover a generaciones de cristianos a orar más y a participar más frecuentemente en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Se trata de caminos que es de desear se propongan también hoy a los fieles.

La protección maternal de la Santísima Virgen María os asista: precisamente durante la celebración de su fiesta de la Visitación os fue confiada este encargo en 1688.

Que en vuestra labor apostólica sea para vosotros apoyo y aliento la bendición apostólica que imparto a toda la Compañía de Jesús, desde Paray-le-Monial.

El Corazón de Jesús quiso que fuera el beato Pío IX quien dispusiera que su fiesta se celebrara en toda la Iglesia

J.-J. E.-S.

EL 16 de junio de 1675, descubriéndole Jesús a santa Margarita María de Alacoque su corazón, le dijo: «Mira este corazón que tanto ha amado a los hombres y que nada ha ahorrado hasta consumirse en su amor, y en reconocimiento no recibe más que ingratitudes por su irreverencia, frialdad y menosprecio que me tienen en este sacramento de amor... por esto te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus sea dedicado a una fiesta particular para honrar mi Corazón.»

Como el Señor le urgiera a que llevara a cabo su encargo, santa Margarita se excusaba quejándose de su inutilidad, y recibe de Jesús la respuesta «¿No sabes que me sirvo de los sujetos más débiles para confundir a los fuertes?» La santa acepta la lección, pero insiste en que le indique el medio de hacer lo que le pide y Jesús le dice: «Dirígete a mi siervo (Claudio la Colombière) y dile de mi parte que haga lo posible para establecer esta devoción y dar este gusto a mi Corazón», pues había dispuesto que por su medio, y el de sus discípulos, se cumpliría su deseo.

El padre Croisset, hijo espiritual de san Claudio, movió a la desterrada reina de Inglaterra María de Módena a pedir la fiesta ante la Congregación de Ritos en 1697, pero su demanda fue desestimada, aunque para no desairar a la pobre reina solicitante, se concedió a los monasterios de la Visitación poder celebrar la fiesta del Corazón de Jesús con la misa de las Cinco Llagas. El pequeño grano de mostaza había comenzado a brotar. El padre Croisset fue desautorizado por sus superiores, pero ya había transmitido el encargo a su amigo el padre Galliffet, que también había oído de labios del padre la Colombière el mensaje del Corazón de Jesús. Galliffet, asistente ante el general de los jesuitas franceses en Roma, hizo nuevos intentos ante Benedicto XIII, a instancias esta vez del rey de Polonia, y luego del de España, pero cuando parecía iba a ser favorable, el resultado fue también negativo. La reina de Francia María Leszcynska instó de nuevo la fiesta, pero fue en vano, pues no había llegado aún a la Santa Sede el Papa encargado de establecerla.

Primera autorización de la fiesta del Corazón de Jesús por la Santa Sede en 1765

EN 1758 fue elegido como papa Clemente XIII el cardenal Rezzonico, antiguo miembro de la archicofradía del Corazón de Jesús de Roma, y fue presentado a la Congregación de Ritos un nuevo memorial de los obispos de Polonia que, sobre las bases doctrinales del padre Galliffet, justificaba la fiesta por la piedad del pueblo católico, que había erigido por todo el mundo más de mil cofradías del Sagrado Corazón, a las que la Santa Sede había concedido indulgencias, por las innumerables aprobaciones episcopales de la devoción, y por su aceptación por casi todas las congregaciones religiosas. Así, el 6 de febrero de 1765, noventa años después de la petición de Jesús a santa Margarita María, Clemente XIII promulgaba el decreto aprobando la resolución de la Congregación de Ritos que autorizaba a Polonia y a la archicofradía romana a celebrar la fiesta del Corazón de Jesús en el día escogido por Él, y el 11 de mayo aprobaba oficialmente los nuevos textos del oficio y de la misa para la ya autorizada fiesta. Era el comienzo del culto público al Sagrado Corazón de Jesús en la Iglesia.

Tras esta autorización, el privilegio se va extendiendo: primero a la orden de la Visitación, luego a la Compañía de Jesús, y en septiembre de 1765, a instancia de la reina María Leszcynska, en la Asamblea del clero francés, presidida por el arzobispo de Reims: «Todos los obispos presentes, por decisión unánime, acordaron establecer en sus respectivas diócesis la devoción y el oficio del Sagrado Corazón de Jesús, e invitar por carta circular a sus colegas ausentes a que les siguieran en la misma forma de obrar.»

El privilegio iba extendiéndose a los reinos y congregaciones que lo solicitaban, pues bastaba con pedir la fiesta a la Congregación de Ritos para obtenerla, por lo que bien se pudo decir un siglo después que no había ya casi una iglesia en el mundo que no hubiera obtenido tal gracia. Pero la celebración de la fiesta seguía siendo un privilegio, pues estaba autorizada y se concedía a quien la solicitaba, pero no estaba prescrita, y el Corazón de Jesús había pe-

dido que su Iglesia estableciera, no que permitiera, su fiesta.

«Reinaré, mal que les pese a mis enemigos, y a todos aquellos que quieran oponerse»

CLEMENTE XIII, introductor de la fiesta del Corazón de Jesús y defensor de los jesuitas hasta el fin, murió poco después, y su sucesor Clemente XIV, que no tenía su don de fortaleza, creyó debía acceder como mal menor a las exigencias de las cortes borbónicas, azuzadas por la masonería, y suprimir a la Compañía de Jesús, pensando sus enemigos que, con ella, habían logrado suprimir también al Corazón de Jesús. Desde su mausoleo en la antigua iglesia de Santa Genoveva, profanada y convertida en Panteón de glorias francesas, Voltaire parecía sonreír vencedor.

Como dice Luis Veuillot: «*La Revolución se hizo desde 1682 a 1789*», aunque sus frutos maduraron y se recogieron luego en los tiempos de prueba y de terror en que se declaraba reo de lesa república a quien llevase o conservase en casa la imagen del Corazón de Jesús, y, en que cada día en una plaza pública los precursores del orden nuevo marchaban procesionalmente cantando «¡Cor Marat sacratissimum, ora pro nobis!». Pero al mismo tiempo, el Corazón de Jesús era invocado por un pequeño número de guillotinos, y su imagen era ostentada en el pecho de los campesinos vendeanos combatientes que le ofrecían su vida. Con su muerte estos valientes lograron que el Corazón de Jesús siguiera presente en Francia, y que, cuando vino el imperio, Napoleón tuviera que restablecer la santa misa, relegar a Voltaire, abolir en parte la Constitución Civil del Clero y pactar con Roma.

«El Sagrado Corazón desde 1675 no ha dejado de engrandecerse. Todo lo que se hace por Él, crece con Él y por Él. Todo lo que no se hace por Él, o se hace sin Él o contra Él, cae.» (Luis Veuillot)

TRAS los desastres de las guerras napoleónicas, con los aliados volvieron los hermanos de Luis XVI, nietos de María Leszcynska, retorno que los devotos del Corazón de Jesús veían como una gracia especial suya, y esperaban que, agradecidos, cumplieran el voto del guillotinado en el Temple y se comportaran con el celo de su santa abuela. No lo hicieron, sino que, aunque sin sus escándalos, reemprendieron la deletérea política de Luis XV de pactar el gobierno con los enemigos de Dios, y como dice Luis Veuillot: «*La Restauración*

se hizo sin el Sagrado Corazón –pese al mensaje enviado en 1823 al rey Luis XVIII desde la Visitación des Oiseaux por la madre María de Jesús–, empleando a muchos revolucionarios y a muchos volterianos; fue muy galicana. Este renacimiento y esta recrudescencia del fermento malo y viejo, le fueron funestos. Dios concedió a todo esto medio siglo para morir y pudrirse... El Corazón de Jesús no sólo resistió todas estas convulsiones y todas estas catástrofes, sino que cada una le dio un nuevo crecimiento.»

La fiesta del Corazón de Jesús para toda la Iglesia, anunciada al venerable padre Hoyos en 1733

EL venerable Bernardo de Hoyos ardía de impaciencia porque la devoción al Corazón de Jesús se extendiese a toda la Cristiandad, y se dolía ante el Señor de que en su Iglesia fuera tan desconocida, cuando: «*diósele a entender que se acercaba ya el tiempo de que se estableciese en la Santa Iglesia el culto del divino Corazón, objeto dulcísimo de sus ansias... pero entendí –dice– que restaban no pocas ni pequeñas dificultades y contradicciones que superar, mas que reinaría, y se dilataría ampliamente el imperio del Corazón de Jesús.*» (P. Loyola, *Vida*). El 29 de junio de 1733, en el día de su fiesta, tuvo Bernardo dulce coloquio y tenaz disputa con san Pedro, mostrándole su extrañeza y pena porque sus sucesores no hubieran aún establecido la fiesta del Corazón de Jesús en la Iglesia: «*El día de los príncipes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, se le mostraron estos grandes santos, y hablándole el príncipe de la Iglesia del Corazón de Jesús, le aseguró que uno de sus sucesores propondría al culto de la universal Iglesia la fiesta del Corazón Sacrosanto*» (P. Loyola, *El Tesoro escondido*).

Pío IX, recién elegido papa, reanuda la causa de beatificación de la hermana Margarita María

TRAS más de medio siglo de silencio, la causa de la hermana Margarita María era retomada, y, superados otros trámites, en 1845 los miembros de la Sagrada Congregación de Ritos emitieron su criterio favorable sobre la heroicidad de sus virtudes en presencia de Gregorio XVI. El Papa, según la costumbre, dispuso implorar durante unos días las luces del Espíritu Santo, pero le llegó la muerte antes de emitir su decisión. ¿Será su sucesor tan devoto del Corazón de Jesús como el piado-

so papa fallecido?, se preguntaban inquietos los celosos impulsores de su causa, sin saber que la Providencia había dispuesto que llegara ya a la silla de Pedro el papa anunciado para cumplir el encargo de Jesucristo de instaurar la fiesta de su Corazón en su Iglesia.

Los primeros hechos del nuevo Pontífice iban a despejar sus dudas, pues Pío IX, iba a ser quien cumpliría el deseo de santa Margarita cuando en 1689 se lamentaba: «Moriría feliz, si recibiese de la Santa Sede la aprobación de una misa dedicada al Sagrado Corazón de Jesús.» El Papa conocía el texto de la gran aparición de 1675: «Te prometo que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia su divino amor sobre los que le tributen este honor y procuren que le sea tributado», y bien sabía el Corazón de Jesús que para soportar las pruebas que pronto le llegarían, Pío IX iba a necesitar esta gracia extraordinaria.

El 16 de junio de 1846 el cardenal Juan María Mastai era elegido papa Pío IX, y al mes siguiente fue a celebrar la santa misa al convento de la Visitación de Roma. A su término dijo a las salesas: «Consideramos como un deber de nuestro divino ministerio emplearnos con todas nuestras fuerzas en aumentar entre los fieles la piedad y la devoción para con el Santísimo Corazón de Jesús», y les confió que quería promover inmediatamente su culto, y, para extenderlo, acelerar la beatificación de la hermana Margarita María.

Convocó bajo su presidencia el 11 de agosto asamblea general de la Congregación de Ritos a la que propuso de nuevo pronunciarse sobre la heroicidad de las virtudes de la venerable Margarita, y tras su voto favorable, el Papa se retiró a deliberar. Días después, el 23 de agosto se presentó de nuevo a celebrar la santa misa en la Visitación, queriendo dar a conocer personalmente a las salesas la primicia de su decisión, y, en presencia de los cardenales decano y prefecto de la Congregación de Ritos, y de su vicario en Roma cardenal Constantino Patrizzi, relator de la causa, promulgó el decreto que proclama la heroicidad de las virtudes de la hermana Margarita María que: «Consumida del más ardiente amor por Jesús, el divino Redentor, por medio del culto a su Sagrado Corazón se esforzó con todo su ánimo y con fervientes palabras en encender este mismo amor en todos los fieles.» Antes de retirarse bendijo a las salesas y les confió: «Sentimos particular inclinación por vuestra orden porque está fundada sobre la dulzura de san Francisco de Sales.» La noticia se difundió rápidamente, y las visitandinas de Paray, agradecidas, enviaron al Papa un relicario con un huesecillo de uno de los dedos de la ya venerable hermana Margarita María.

Luis Napoleón, designado para emperador de Francia bajo condición de apoyar la revolución italiana destinada a acabar con el poder temporal de la Iglesia.

LLEGÓ la Revolución europea de 1848 y Pío IX tuvo que huir de Roma. En París, el rey ciudadano Luis Felipe, cumplida su etapa, era derrocado; el arzobispo monseñor Affre era abatido a balazos en la barricada, y se proclamaba la Segunda República. La Revolución nombraba presidente a Luis Napoleón, que en 1851 daba un golpe de Estado, y al año siguiente, mediante un plebiscito, se convertía en el emperador Napoleón III «*por la gracia de Dios y la voluntad de la Nación*». El nuevo emperador era viejo conocido del Papa, pues cuando éste era obispo de Spoleto, y Luis Napoleón conspirador revolucionario en Italia, le había salvado la vida facilitándole un salvoconducto que le libró de caer en manos de los austriacos que le habrían fusilado. Ahora el antiguo carbonario hubiera querido que el Papa fuera a París a coronarle emperador como a su tío, pero Pío IX sabía que era hombre mentiroso e hipócrita, y que debía su elección a la masonería, que le eligió bajo la condición de apoyar la revolución italiana que tenía por fin acabar con el poder temporal del Papa para socavar a la Iglesia. Cuando Napoleón III se hacía el olvidadizo, los oportunos atentados se lo recordaban.

«La Iglesia católica goza en Francia de seguridad, paz, y eficaz tutela.» Pío IX

Los primeros años de gobierno de Napoleón III, fueron benéficos para la religión, y con sus medidas de reprimir la prensa impía, restituir a su antiguo culto la iglesia de Santa Genoveva y conceder cierta libertad de enseñanza, se ganó la adhesión de los católicos que tanto precisaba. Entre 1848 y 1852, los obispos franceses aprovecharon la buena entente para cumplir los deseos de Pío IX y resolver en sínodos provinciales los asuntos de la Iglesia. Sus resoluciones, aprobadas por la Santa Sede, promovieron la disciplina del clero y la piedad del pueblo, recomendaron la devoción al Corazón de Jesús, y cincuenta y dos diócesis francesas se le consagraron.

En 1853 el Papa dirigía a los católicos franceses la encíclica *Inter multiplices* en la que invitaba a los obispos a la unión entre ellos y con la cátedra de Pedro, y a la introducción de la liturgia romana. El docto abad benedictino de Solesmes Dom Próspero Guéranger fue el realizador de esta misión, logrando que prácticamente todas las diócesis, una tras otra, abandonaran las múltiples liturgias locales establecidas sin aprobación



Beato Pío IX

pontificia, y adoptaran la liturgia común propuesta por Roma. Será gloria de estos obispos franceses el haber promovido ante Pío IX la extensión de la fiesta del Corazón de Jesús a toda la Iglesia.

Los obispos franceses en 1856 solicitan al papa Pío IX la extensión de la fiesta del Corazón de Jesús a toda la Iglesia universal

NAPOLÉON III se casaba en 1853 con la bella española Eugenia de Montijo, y en marzo de 1856 nacía su hijo, el príncipe imperial Luis Eugenio. Napoleón III pidió al Papa que fuera el padrino, y Pío IX aceptó, satisfecho de su política beneficiosa para la Iglesia, y precisando de la protección de Francia frente a los revolucionarios italianos. Nombró legado *a latere* para asistir al bautizo al cardenal Patrizzi, con toda suerte de bendiciones y regalos: la rosa de oro para la emperatriz, un cuadro de san Juan para el emperador, y un relicario con una partícula del santo pesebre para el neonato príncipe.

Con ocasión de tan fausta ceremonia el 14 de junio de 1856 se reunía en la catedral de Notre Dame de París la casi totalidad del episcopado francés, y tres días después, en el palacio de las Tullerías, ante 85 obispos, monseñor De Marguerie, obispo de

Autun, del que depende Paray-le-Monial, ruega al cardenal De Bonald, arzobispo de Lyon y primado de las Galias, que, en nombre de los obispos de Francia y de todo el reino, se dignen hacer llegar al Papa su testimonio de amor y obediencia, y con ellos la petición de que la fiesta del Corazón de Jesús sea ya fiesta de la Iglesia universal, y la pronta beatificación de su mensajera Margarita María. Las dos propuestas iban juntas porque monseñor De Marguerie, impulsor de ambos procesos en Roma y en Paray, sabía que así lo había querido Jesús, y lo había afirmado el papa León XII al introducir la causa en Roma: «Esta admirable virgen fue escogida por Dios para ser instrumento de los planes del cielo en la institución del culto y de la fiesta del Sagrado Corazón.»

El cardenal De Bonald transmitió personalmente la petición de monseñor Marguerie al cardenal Constantino Patrizzi, que, al igual que Pío IX, que lo había nombrado Vicario suyo en Roma, era muy devoto del Corazón de Jesús, y conocía bien la devoción, pues en 1846 había sido relator del proceso de virtudes heroicas de la venerable hermana Margarita María, y se daba la providencial circunstancia de que era entonces prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, que debía resolver sobre la solicitada extensión de la fiesta.

«Desde entonces, el culto del Sagrado Corazón, como un río que desborda, habiendo superado todos los obstáculos, se expandió por todo el universo.» (Pío XI)

EL desarrollo de los hechos se expone en el decreto de Pío IX *Ex quo Clemens Papa XIII* de 23 de agosto de 1856 que extendía por fin la fiesta del Sagrado Corazón a toda la Iglesia, y que dice:

«Desde que el papa Clemente XIII permitió a algunas iglesias celebrar con oficio y misa la fiesta en honor del santísimo Corazón de Jesús, para conmemorar la inmensa caridad de este divino Corazón, los pueblos fieles se sintieron por doquier encendidos en tanto fervor, que casi no queda ya diócesis alguna que no exulte de placer por haber obtenido de la Sede Apostólica el privilegio de celebrar su fiesta.

»Considerando atentamente este hecho, los Rvmos. Obispos de las Galias, expusieron con gran humildad a nuestro Ssmo. Señor, el Papa Pío IX, por medio del Cardenal que suscribe, cuando poco ha desempeñaba éste en las Galias el cargo de legado *a latere*, sus deseos de que se celebrase en adelante en toda la Iglesia universal una fiesta tan del agrado de los fieles y solemnizada en casi todo el orbe católico con tan unánime piedad. Aprovechando, pues, gustosos la ocasión que se les presentaba de tributar en la persona del Cardenal Legado, pú-

blico y solemne testimonio de su veneración a la Sede Apostólica, le visitaron en gran número en París, y haciendo profesión de su profunda y total adhesión al Romano Pontífice como a centro de la unidad católica y Vicario de Jesucristo en la tierra, pidieron porfiadamente que se dignase extender a la universal Iglesia la fiesta del santísimo Corazón de Jesús.

»Vuelto a la Urbe (Roma) el suscrito Cardenal, Prefecto de la sagrada Congregación de Ritos, como hubiese dado cuenta a nuestro Ssmo. Señor de estas súplicas del Episcopado de las Galias, florentísimo y obsequiosísimo con la Sede Apostólica, tuvo a bien Su Santidad recibir las con clemencia, y deseando ofrecer a los fieles nuevos estímulos de amor y correspondencia al herido Corazón del que nos amó y lavó nuestros pecados con su sangre, mandó que anualmente se celebrase en la universal Iglesia el oficio del santísimo Corazón de Jesús concedido al Reino de Polonia y al clero de la Urbe aprobado por la sagrada Congregación de Ritos el 11 de mayo del año 1765 con la correspondiente misa «Miserabitur» con rito doble mayor, el viernes después de la octava del Ssmo. Corpus guardadas sin embargo las rúbricas, y quedando en pie los particulares indultos concedidos por la Sede Apostólica a las Iglesias de celebrar esta fiesta con más elevado rito, o en otro día, o con diverso oficio. Sin que obste cosa en contrario. A 23 de agosto de 1856.»

Y, como dijo en 1928 Pío XI: «Desde entonces, el culto al Sagrado Corazón, como un río que desborda, habiendo superado todos los obstáculos, se expandió por todo el universo».

«Era preciso que la Santa Iglesia proclamase por boca de su Pontífice que para ser católico es necesario amar y adorar al Corazón de Jesús, y que la devoción del Sagrado Corazón fuera declarada por una bula apostólica y fijada por la Santa Liturgia.» (Dom Guéranger)

DOM Guéranger, abad de Solesmes, redacta en las constituciones de los benedictinos de Francia: «La Congregación, adorando el misterio del Verbo encarnado, le confiesa bajo las especies eucarísticas, y se goza bajo el símbolo, últimamente manifestado, del amantísimo Corazón de Jesús».

Dom Guéranger había asistido a Pío IX, en la preparación litúrgica de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María en 1854, y había llevado a cabo su encargo de introducir la liturgia romana en Francia. Ya en 1852 le había pedido extender la fiesta del Corazón de Jesús a toda la Iglesia católica con su correspondiente misa y oficio, pues sabía de la capital importancia de un decreto



Dom Próspero Guéranger

del Papa que prescribiera la celebración de la fiesta, pues, como él decía, la liturgia es el culto oficial y solemne mediante el que la Iglesia expresa y manifiesta su religión para con Dios.

El 15 de octubre de 1864, con ocasión de la beatificación de Margarita María de Alacoque, Dom Guéranger predicó así en la capilla de la Visitación de Mans: «Jesús había dicho a sus Apóstoles: “seréis mis testigos”, y les encargó anunciar al mundo el conjunto de todas las verdades que les había enseñado, pero a Margarita María le encargó una sola, le encomendó únicamente la misión de “manifestar el amor sin límites de Nuestro Señor, para provocar una confianza ilimitada...” era preciso que el mundo entero escuchara su testimonio, se postrare y adorara; era preciso que la Santa Iglesia proclamase por boca de su Pontífice que para ser católico es necesario amar y adorar al Corazón de Jesús; era necesario que la devoción al Sagrado Corazón fuera declarada por una bula apostólica y fijada por la santa Liturgia... Nuestros Pastores comprendieron que algo faltaba al triunfo del Corazón de Jesús hasta que su fiesta no fuera solemnizada por toda la Iglesia, y han sentido la necesidad de recurrir al Principado supremo, a la Cátedra de Pedro. Han hecho más aun de lo que habían hecho en 1765, cuando la Asamblea de los obispos de Francia, por su propio acuerdo, había decretado la fiesta del Corazón de Jesús. Se han dirigido al Soberano Pontífice para que la instituyera, y el Papa ha promulgado el decreto, y hoy ya es un deber festejar con amor y adoración a este Corazón ante el cual toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en los infiernos.»

Los designios de amor y salvación del Corazón de Cristo en las catequesis de Cirilo de Jerusalén

GUILLERMO PONS PONS

EN el siglo segundo Jerusalén había sido totalmente sometida y transformada por el poder romano. Había perdido incluso el nombre y se denominaba «Aelia Capitolina». Sobre las ruinas del templo judío se levantaba el capitolio consagrado a las tres divinidades protectoras del Imperio (Júpiter, Juno y Minerva). El emperador Adriano había dispuesto también que el lugar en donde los cristianos veneraban los recuerdos de la muerte y resurrección de Cristo quedara completamente remodelado, rellenándose la hondonada allí existente y levantando sobre ese terraplén un templete dedicado a la diosa Afrodita.

No se consiguió, sin embargo, que la Ciudad Santa quedara paganizada. Los cristianos continuaron sus celebraciones en la «Santa Sión», o sea, en la casa en donde Jesús había celebrado la Última Cena. Además, con la paz constantiniana la situación del cristianismo cambió allí totalmente. Se excavaron los restos del Calvario y del Santo Sepulcro, y el emperador Constantino hizo construir en ese lugar sagrado una espléndida basílica.

En Palestina hacia el 313, año del Edicto de Milán, nació Cirilo, el cual a mediados de aquel siglo fue designado obispo de Jerusalén. Según él mismo atestigua en una carta dirigida al emperador Constancio,¹ el día de Pentecostés del año 351 apareció sobre el cielo en el horizonte del monte de los Olivos, hacia la hora tercera, una cruz luminosa que fue visible durante largo tiempo y que suscitó una especial conmoción entre los habitantes de la ciudad. Quizá se tratara de un fenómeno natural, pero fue interpretada como un buen augurio para el pontificado del nuevo obispo.

Lo cierto es que la cruz de las luchas y tribulaciones acompañó constantemente al prelado a causa de la herejía arriana que por aquellos años perturbaba profundamente la paz de la Iglesia. Tres veces fue Cirilo apartado de su sede por las insidias de los arrianos y además fue objeto de ruindades e incomprendimientos por parte de quienes debían apoyarle. Su mayor anhelo consistía en fomentar la paz de las conciencias y para ello ponía en guardia a los cristianos contra los muy diversos errores que se difundían: por eso advertía a los catecúmenos de esos peligros, diciéndoles: «La razón de la impiedad de

las herejías es muy variada; y como uno se aparte del único camino, el recto, entonces con frecuencia se precipita en los abismos».²

La obra principal y casi la única que nos resta de Cirilo de Jerusalén son sus veinticuatro conferencias catequísticas dirigidas a los catecúmenos o a los neófitos, de las cuales con razón se ha dicho que constituyen «uno de los más preciados tesoros de la antigüedad cristiana».³ Parece que fueron pronunciadas en la cuaresma del año 348. Se sabe que estas alocuciones fueron recogidas por taquígrafos. Son espontáneas y populares, aduciendo ejemplos y comparaciones que pudieran entender sus oyentes, en su mayor parte gente sencilla e iletrada. Contiene, sin embargo, multitud de textos bíblicos aplicados en sentidos muy diversos. Es verdad que este constante recurso a la Sagrada Escritura es tan frecuente que nos parece a veces abrumador; pero hay que considerar que en la sociedad de Palestina la Biblia era un substrato cultural muy activo, divulgado y predominante.

* * *

La cristología enseñada por Cirilo es completamente ortodoxa. Aunque no mencione explícitamente el arrianismo ni use el término teológico *omoúsios*, que no consideraría oportuno para la capacidad de sus oyentes, expone con toda claridad la doctrina definida en Nicea, diciendo, por ejemplo: «Que no separes del Padre al Hijo, ni profeses una confusa filiopaternalidad haciendo mezcolanza; sino cree que sólo hay un Hijo unigénito del único Dios, el que es Dios-Logos antes de todos los siglos; Logos no *proforicós* (o palabra exterior) que se diluye en el aire, ni semejante a palabras inconsistentes, sino Logos-Hijo creador de los seres dotados de inteligencia, Logos que escucha al Padre y que habla también Él».⁴

1. PG 33, 1165.

2. *Catequesis*, 6, 13: BPa (Biblioteca de Patrística, Ciudad Nueva) 67, 145.

3. J. QUASTEN, *Patrología II* (BAC, Madrid 1962) 379.

4. *Catequesis*, 4, 8: BPa 67, 96.

El amor a la persona divina de Cristo, el Verbo encarnado, y el descubrir sus huellas en la misma ciudad de Jerusalén, en la que Cirilo catequiza a los candidatos al bautismo, configuran esa enseñanza suya e inundan de piedad y de una singular cercanía espiritual con Jesús las catequesis del santo obispo. No podemos, ciertamente, encontrar en sus textos expresiones propias de una espiritualidad como la del Sagrado Corazón, que se desarrollaría muchos siglos después; pero sí que hallamos algunos gérmenes de esa nueva perspectiva espiritual e interesantes expresiones que queremos poner en relación con algunos conceptos cristológicos que se encuentran en las muy valiosas y divulgadas *letanías del Sagrado Corazón*.⁵

Corazón de Jesús unido sustancialmente al Verbo de Dios. Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la divinidad. Que Jesús, el Verbo encarnado, es el Hijo único del Padre y que él mismo es Dios, teniendo la misma y única sustancia divina subsistente en trinidad de personas, lo manifiesta repetidamente Cirilo. En la *catequesis* cuarta, que es como un resumen de las principales verdades de la fe, lo expresa con estos clarificadores conceptos:

Cree también en el Hijo de Dios, el Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, engendrado Dios de Dios, engendrado vida de vida, engendrado luz de luz, igual en todo lo que es naturaleza al que lo engendra; que no adquirió la existencia en el tiempo, sino que existe engendrado del Padre eternamente y de modo incomprendible antes de todos los siglos. Es la sabiduría y la fuerza de Dios, y la justicia subsistente; el que está sentado a la derecha del Padre antes de todos los siglos. Porque el ocupar el trono a la derecha no es, según piensan algunos, como si Dios lo hubiera coronado después de la Pasión recompensándolo por su paciencia, sino que desde que existe (y es engendrado eternamente) posee la dignidad regia, sentado junto al Padre, siendo Dios y sabiduría y fuerza, como se ha dicho. Reina junto con el Padre, y por el Padre es creador de todas las cosas; de la dignidad divina no le falta nada, y conoce al que lo engendra; y para decirlo brevemente, recuerda lo que está escrito en el Evangelio: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo*.⁶

5. Casi todas las invocaciones de estas preces litánicas provienen del padre Croisset, colaborador de santa Margarita María. Fueron aprobadas y completadas en 1899 por la Congregación de Ritos y poco después las recitó solemnemente León XIII al consagrar el mundo al Sagrado Corazón.

6. *Catequesis*, 4, 7: BPa 67, 94-95.

Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo. La invocación a Cristo como *casa de Dios*, parece referirse especialmente a la distinción de personas en la Trinidad y a las dos naturalezas de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Cirilo hace este comentario:

Sólo en ti está Dios, y no hay más, ningún otro Dios. Verdaderamente Tú eres el Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador (Is 45, 14-15). Observa al Dios Hijo, que tiene en sí mismo al Dios Padre, diciendo casi lo mismo que dice en el Evangelio: *El Padre está en mí y yo en el Padre* (Jn 14, 11). No dice: Yo soy el Padre, sino *el Padre está en mí y yo en el Padre*, como tampoco dijo: Yo y el Padre soy uno, sino: *Yo y el Padre somos uno* (Jn 10, 30); para que no los hagamos extraños, ni confundamos la filiación con la paternidad.⁷

Al símbolo *puerta del cielo* se refiere el obispo de Jerusalén en las *Catequesis*, diciendo:

Se le llama puerta, pero —por la denominación— no pienses que se trata de una puerta de madera, sino de una puerta de naturaleza racional, viva, y que sabe distinguir a los que entran; se le llama camino, no el que es hollado por los pies, sino el que conduce al Padre que está en el cielo.⁸

Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor. Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes. La inmensidad del amor y de la misericordia de Cristo resplandece en su bondadosa acogida y en la distribución de sus dones:

El Salvador aparece distinto conforme al interés de cada cual. A los que tienen necesidad de alegría se les presenta como vid; para los que necesitan entrar, es puerta; para los que tienen necesidad de presentar las plegarias, es el mediador, sumo sacerdote. A su vez, con los que tienen pecados se hace cordero, para inmolarse por ellos. Se hace todo para todos, permaneciendo Él lo que es por naturaleza. Puesto que manteniéndose en posesión de la dignidad verdaderamente inmutable de la filiación, condesciende con nuestras debilidades como el mejor de los médicos y maestro, que comparte la condición de los alumnos.⁹

Corazón de Jesús, en quien el Padre halló sus complacencias. La unión y la complacencia del Padre con el Hijo demandan nuestra vinculación íntima y personal con Cristo, Dios y hombre, que es el Salvador de todos:

7. *Ibid.*, 11, 16: BPa 67, 226-227.

8. *Ibid.*, 10, 3: BPa 67, 197

9. *Ibid.*, 10, 5: BPa 67, 199.

Por tanto, si alguien quiere mostrarse piadoso con Dios, que adore al Hijo, porque de otro modo el Padre no acepta la adoración que se le tributa. El Padre clamó desde el cielo, diciendo: *Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido* (Mt 3, 17). Siente el padre complacencia en el Hijo; si no te complaces tú también, no tendrás vida. No hagas causa común con los judíos, que sostienen astutamente lo de *Dios es uno solo*; sino que después de saber que Dios es único, reconoce que hay además un Hijo unigénito de Dios. No soy yo el primero que ha dicho esto, sino el salmista, que afirma en la persona del Hijo: *Él me ha dicho: «Tú eres mi Hijo»* (Sal 2, 7). Por eso no mires lo que dicen los judíos, sino lo que dicen los profetas.¹⁰

Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido. En el misterio de la encarnación del Hijo de Dios se realiza el designio divino de salvación que nos abre el camino hacia una maravillosa participación en la plenitud de Cristo y el poder contemplar en Él el rostro de Dios:

Ya ves que también los profetas contemplaban entonces a Cristo, pero según lo que cada uno alcanzaba. *Dame a conocer tus designios* [exclama Moisés] *para que llegue a conocerte* (Ex 33, 13). Y Él responde: *Ningún ser humano puede ver mi rostro y seguir viviendo* (Ex 33, 20). Pues que nadie en vida puede ver el rostro de Dios, ésa es la razón de que asumiera rostro humano, para que, viendo su naturaleza humana, podamos seguir viviendo; y cuando quiso mostrar su faz con un pequeño signo exterior de la dignidad divina, en el momento en que su cara resplandeció como el sol, los discípulos cayeron atemorizados (cf. Mt 17, 2.6). Pues si el rostro del cuerpo que brillaba no todo lo que podía el que lo provocaba, sino lo que los discípulos podía aguantar, los atemorizó y no pudieron soportarlo, ¿cómo podría uno contemplar la gloria de la divinidad?¹¹

Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia. En esta invocación se pone de relieve el misterio de la entrega voluntaria de Cristo para la redención: *Doy mi vida para recobrarla de nuevo; nadie me la quita, yo la doy voluntariamente* (Jn 10, 17-18). La Pasión de Cristo contiene el más sublime misterio del amor y de la paciencia de Cristo, que

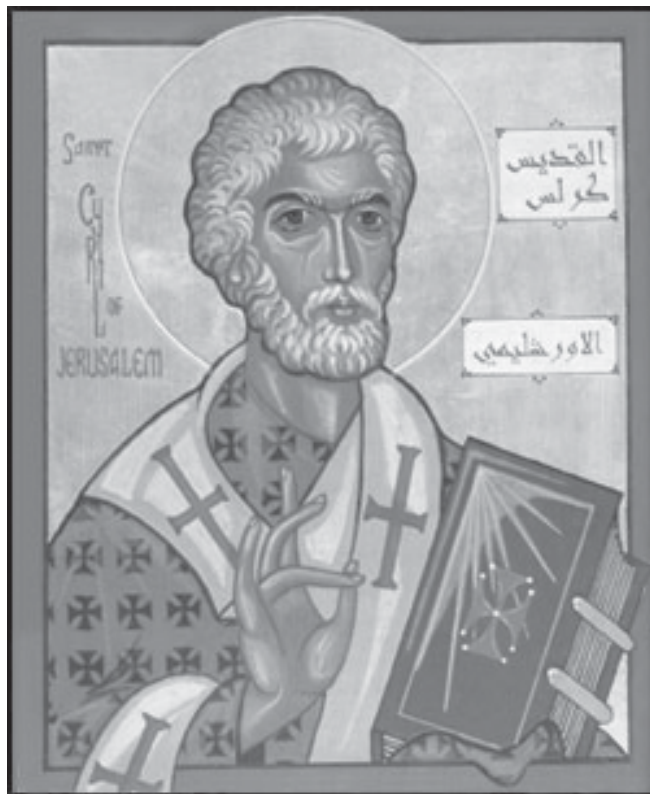
san Cirilo destaca en sus catequesis:

No entregó su vida por necesidad. Ni fue sacrificado por fuerza inexorable, sino porque quiso. Escucha lo que dice: *Tengo potestad para dar mi vida; y tengo potestad para recuperarla* (Jn 10, 18). Dejo hacer a los enemigos porque quiero; si no quisiera, no sucedería. En consecuencia, vino a la pasión por libre determinación, satisfecho de la buena obra llevada a cabo, feliz por la corona, contento por la salvación de los hombres; sin sentir vergüenza por la cruz porque salvaba a la humanidad entera.

Que no era un hombre insignificante el que padecía, sino Dios hecho hombre, que luchaba para conseguir el premio de la paciencia.¹²

Ladrón, ¿qué fuerza es la que te iluminó? ¿Quién te enseñó a adorar al que estaba siendo despreciado y crucificado contigo? ¡Oh luz eterna, que alumbras a los que están en tinieblas! Por eso justamente escuchó: *Ánimo*, no porque tus obras hayan sido para tener ánimo, sino porque está aquí el Rey que perdona. La petición fue larga, la concesión de la gracia, al instante: *En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso* (Lc 23, 43), porque has escuchado mi voz hoy y no endureciste el corazón.¹³

Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados. Corazón de Jesús despedazado por nuestros delitos. Estas y otras invocaciones de las letanías nos muestran a Cristo que toma sobre sí nuestras culpas y quita el pecado del mundo. He aquí uno de los diversos textos de Cirilo que exponen la profun-



10. Ibid., 10, 2: BPa 67, 196.

11. Ibid., 10, 7: BPa 67, 201.

12. Ibid., 13, 6: BPa 67, 270.

13. Ibid., 13, 31: BPa 67, 291-292.

da y sublime doctrina de la redención del género humano obrada por el Salvador del mundo:

Se oscureció el sol, a causa del sol de Justicia; las piedras se partieron a causa de la roca espiritual; se abrieron los sepulcros y los muertos resucitaron, a causa del que es libre entre los muertos; sacó a sus cautivos del aljibe sin agua. Por eso, no te avergüences del crucificado, y di tú también con confianza: *Él tomó sobre sí nuestras enfermedades, cargó con nuestros dolores, y por sus llagas hemos sido curados* (Is 53, 4-5); no seamos desagradecidos con nuestro bienhechor; y también: *Fue herido de muerte por el pecado de mi pueblo. Su sepulcro fue puesto entre los impíos, y su tumba entre los malvados* (Is 53, 8-9). Por eso dice Pablo claramente: *Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras* (1 Co 15, 3-4).¹⁴

Corazón de Jesús, traspasado por la lanza. Acerca del hecho del costado de Cristo abierto y su simbología tan ligada a la espiritualidad del Sagrado Corazón, veamos cómo se expresa el catequista y obispo de Jerusalén:

Moisés comenzó sus milagros por la sangre y el agua, y lo último de los milagros de Jesús fue lo mismo. Primero Moisés convirtió el río en sangre; y del costado de Jesús al final brotó agua con sangre. Puede que a causa de las dos voces, la del que juzgaba y la de los que gritaban; o por los que creían y

14. Ibid., 13, 34: BPa 67, 295.

por los que eran incrédulos. Pilato decía: *Soy inocente*, y se lavó las manos con agua; al paso que los alborotadores gritaban: *Su sangre sobre nosotros*. [...] Los intérpretes, nuestros padres, señalaron también otra causa del suceso. Dado que en los Evangelios aparece una doble virtud del bautismo que salva: una, la que da mediante el agua a los que se bautizan; otra, la que alcanza a los santos mártires en las persecuciones mediante la propia sangre; del costado del Salvador brotó sangre y agua, confirmando la gracia de la confesión por Cristo que se hace tanto en el momento del bautismo como en las circunstancias del martirio.¹⁵

Esta vinculación del martirio con la sangre que brotó del corazón abierto de Cristo, nos hace pensar en el gran número de personas que murieron con una muerte martirial en la gran persecución religiosa de España (1934-1939). Podemos decir que todos estos cristianos inmolados por la fe de Cristo habían recibido un notable influjo de la espiritualidad del Sagrado Corazón. Un sacerdote martirizado en Menorca en 1936, José Tudurí Moll, había escrito estos expresivos versos: «El amor no cabía en tu seno, / ¡oh Jesús! Dueño y Padre del alma, / y este amor supo abrir tu costado / en herida profunda y arcana, / de la cual, sobre el mundo perdido, / cual raudal de Amor, sangre mana».¹⁶

15. Ibid., 13, 21: BPa 67, 284.

16. G. PONS, *Bebieron el Cáliz del Señor* (BAC Biografías, 7, Madrid 2000) 131.

El culto al Corazón de Jesús, práctica religiosa muy apta para conseguir la perfección cristiana

Si debidamente se ponderan los argumentos en que se funda el culto tributado al Corazón herido de Jesús, todos verán claramente cómo aquí no se trata de una forma cualquiera de piedad que sea lícito posponer a otras o tenerla en menos, sino de una práctica religiosa muy apta para conseguir la perfección cristiana.

Es digna, pues, de sumo honor aquella forma de culto por la cual el hombre se dispone a honrar y amar en sumo grado a Dios y a consagrarse con mayor facilidad y prontitud al servicio de la divina caridad; y ello tanto más cuanto que nuestro Redentor mismo se dignó proponerla y recomendarla al pueblo cristiano, y los sumos pontífices la han confirmado con memorables documentos y la han enaltecido con grandes alabanzas.

Esto supuesto, ya no cabe duda alguna de que los cristianos que honran el sacratísimo Corazón del Redentor cumplen el deber, ciertamente gravísimo, que tienen de servir a Dios, y que juntamente se consagran a sí mismos y toda su propia actividad, tanto interna como externa, a su Creador y Redentor, poniendo así en práctica aquel divino mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas».

Haurietis aquas, núms. 30 y 31

Se abre el Corazón de Jesús

RAMÓN GELPÍ

www.christusregnat.com

La lanzada: Jn 19,31-37



31 Los judíos entonces (pues era la Parasceve), para que no permanecieran los cuerpos en la Cruz el sábado (era muy solemne aquel sábado), rogaron a Pilato que les quebrara las piernas y los quitase de allí.

32 Vinieron pues los soldados y rompieron las piernas del primero, y del otro que había sido crucificado con Él.

33 Mas como viniesen a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas;

34 sino que uno de los soldados, con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua.

35 Y el que lo vio lo atestigua, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis.

36 Estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: No le quebraréis ningún hueso.

37 Y también otra Escritura dice: Verán al que traspasaron.

Normalmente la agonía de los crucificados, de una crueldad extrema, era muy larga. Dependía naturalmente del estado de agotamiento del reo, porque estaba supeditada a su capacidad para resistir el dolor al elevarse sobre los pies clavados, y respirar. Por esto nuestro Señor murió relativamente pronto porque ya la flagelación fue un castigo extraordinario. Dios quiso dejar constancia de su poder en ello, y Jesús expiró exhalando una gran voz, pero no tuvo que ser «rematado» como los dos ladrones, porque así era lo dicho proféticamente por Moisés, refiriéndose al Cordero pascual: «... No le quebraréis ningún hueso ...» (Ex 12, 46)

Efectivamente, se quiso abreviar la agonía de los tres crucificados, porque era la Parasceve, o víspera de la Pascua; es decir, los habitantes de Jerusalén iban a celebrar la Cena pascual. Y la forma de adelantar la muerte, dadas las características del suplido de la cruz, consistía en eliminar el apoyo de los pies del reo, aunque naturalmente mediante una nueva crueldad: se les quebraban las piernas a martillazos...

Pero Jesús estaba ya muerto, y para cerciorarse,

el centurión ordena que le den una lanzada mortal. Lo hace el soldado, cumpliendo la orden, y atraviesa el costado de Jesús de abajo a arriba, y desde el lado derecho hasta el izquierdo: así se abrió el Corazón de Jesús. Los soldados romanos conocían muy bien este golpe, y se entrenaban para ello; el corazón no está tan claramente en el lado izquierdo como se suele creer, y se le alcanzaba mediante una trayectoria cruzada, eludiendo tropezar con los huesos del tórax. Y así se cumplió, como dice san Juan, lo dicho por el Profeta: «... Verán al que traspasaron ...» (Zac 12, 10).

«... y al instante salió sangre y agua ...», es una circunstancia realmente misteriosa y san Juan debe insistir en su testimonio para explicarla. Las heridas de Jesús, ya muerto, no debían sangrar porque su Sacratísimo Corazón, ya detenido, no podía bombear el precioso líquido redentor. Pero, además, «salió agua». No dice nada más el Evangelista, sino que da fe de ello para que «también nosotros creamos». Se le atribuye a este agua el valor simbólico de la gracia que mana del Corazón de Jesús. Al soldado que dio la lanzada, la tradición considera un conver-

so, que se hizo cristiano con el nombre de Longinos. La película de Mel Gibson lo representa de una forma muy bella y consoladora, cayendo sobre su rostro la sangre y agua del Corazón de Jesús. El soldado cae de rodillas. Es como símbolo de esta gracia que comentamos.

Para nosotros, este es el punto de partida de lo que, bastantes siglos más tarde, revelará el propio Cristo a santa Margarita mostrándole este Corazón traspasado por la lanza de Longinos, y que ofrece a los hombres de nuestro tiempo como objeto adorable. El Sagrado Corazón de Jesús no sólo es un símbolo del amor misericordioso de nuestro Señor, es una parte preciosa de su misma humanidad. Por esto la encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII dice específicamente: «la Iglesia tributa al Corazón del divino Redentor el culto de latría». Este es el culto que debemos a este corazón que palpita, y sigue palpitando a los estímulos del infinito amor que nos profesa la segunda persona de la Santísima Trinidad.

A algunos les resulta extraño el hecho de que adoremos concretamente una parte del cuerpo de Cristo, como dicen algunos, «una víscera», y piensan que se ha de ceñir al sentido simbólico que el corazón representa, en el amor. Este sentido simbólico del corazón es sin duda verdadero, no en vano se utiliza cotidianamente para expresar el amor humano; pero cuando nuestro Señor se apareció a santa Margarita le mostró claramente su corazón humano, corazón de carne diríamos más concretamente, y además con la herida de esta lanza que lo atravesó. Y esto es tan así, que los devotos denominamos a Jesucristo mismo, con el nombre de su Sagrado Corazón.

Por esto decimos en la jaculatoria: «Sagrado Corazón, en Vos confío». Queremos decir, claro está: «Señor Jesús, que nos has mostrado tu Corazón para que adorándolo te amemos, confiamos en Ti»; pero al denominar a Jesús simplemente con el nombre de este Corazón, traspasado, coronado de espinas y crucificado, lo hacemos de una forma, no sólo más bre-



ve, sino también más perfecta. Sólo quienes aceptan esto con humildad, pueden intuir, vagamente, la profundidad del amor divino.

El culto al Sagrado Corazón de Jesús, como sabemos, tiene también un sentido de reparación. Esto no se aparta en nada del sentido de adoración, en el fondo no es muy distinto, pero sí nos pone en acto y situación de corresponder nosotros, en la medida que esto es posible, al infinito amor divino. Para ello Jesús nos muestra este corazón humano que sufrió por nosotros, y nos dice que, misteriosamente, sigue sufriendo ante nuestra ingratitud.

Al contemplar la escena de la lanzada, adoramos esta sagrada herida de la que manó sangre y agua. Cuando san Juan dice: «... otra Escritura dice: Verán al que traspasaron ...» se refiere a la profecía de Zacarías cuyo cumplimiento contempla. Nosotros contemplamos asimismo la escena, con los ojos de la imaginación, y poniéndonos en la actitud de este soldado que recibe la gracia, en la misteriosa sangre y agua que mana del Sagrado Corazón de Jesús.

El Corazón de Jesús, señal y prenda de la misericordia divina

La importancia de las revelaciones de que fue favorecida santa Margarita María «consiste en que –al mostrar el Señor su CORAZÓN Sacratísimo– de modo extraordinario y singular quiso atraer la consideración de los hombres a la contemplación y a la veneración del amor tan misericordioso de Dios al género humano. De hecho, mediante una manifestación tan excepcional, Jesucristo expresamente y en repetidas ocasiones mostró su CORAZÓN como el símbolo más apto para estimular a los hombres al conocimiento y a la estima de su amor; y al mismo tiempo lo constituyó como señal y prenda de su misericordia y de su gracia para las necesidades espirituales de la Iglesia en los tiempos modernos».

Haurietis aquas, núm. 26

México renueva su consagración al Sagrado Corazón de Jesús

Con motivo de la visita a México de las reliquias de santa Margarita María de Alacoque la Conferencia del Episcopado Mexicano en su 81 asamblea ordinaria, celebrada el 24 a 28 de abril de 2006, aprobó la renovación de la consagración de la nación mexicana al Sagrado Corazón de Cristo Rey, ya promulgada por los obispos en la catedral de México en 1924 (véanse pp. 26 y 27).

El acto tuvo lugar el viernes, 23 de junio, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, ante el monumento votivo nacional de Cristo Rey en el cerro de El Cubilete (Guanajuato), durante una misa presidida por monseñor José Guadalupe Martín Rábago, obispo de León y presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano. Y el domingo, 25 de junio, se hizo la consagración en la cate-

dral metropolitana de la ciudad de México y en las ocho vicarías.



El monumento votivo nacional de Cristo Rey en el cerro de El Cubilete

El 12 de marzo del año 1920 los adoradores nocturnos de Silao (Guanajuato), propusieron al obispo de León, monseñor Emeterio Valverde, edificar un monumento a Cristo Rey en la cumbre del cerro El Cubilete, de 2261 metros de altura y situado en el centro geográfico de México. El obispo aceptó con agrado la propuesta y pronto colocó la primera piedra del primer monumento.

Más tarde, monseñor Valverde propuso a los obispos mexicanos que se edificara en ese sitio un monumento más significativo, en reconocimiento a Jesucristo Rey del universo, y con la aceptación de todos, el 11 de enero de 1923, ante ochenta mil católicos mexicanos y diez obispos presididos por el delegado apostólico Ernesto Filippi, se bendijo y colocó la primera piedra del nuevo monumento más digno y grandioso.

Esta celebración religiosa en El Cubilete fue considerada por el Gobierno mexicano como una violación a la Constitución mexicana y el presidente Obregón decretó que el delegado apostólico fuera expulsado inmediatamente del país y se suspendiera la obra.

Años más tarde, el 30 de enero de 1928, en el momento de mayor persecución religiosa contra la Iglesia católica, por órdenes del Gobierno, el primer monumento fue bombardeado desde un avión y destruido.

Pasados aquellos tiempos difíciles, los obispos

mexicanos se dieron a la tarea de construir el monumento votivo nacional con el apoyo de todos los católicos y contando con la autorización del presidente Ávila Camacho. Así, el 11 de diciembre de 1944 se principió la nueva construcción bajo la dirección del arquitecto Nicolás Mariscal. La estatua mide de los pies a la cabeza 20 metros y en su construcción se emplearon 190 toneladas de cemento y más 60 de bronce. Representa a Cristo Rey del Universo con los brazos extendidos y tiene dos ángeles a sus pies que le presentan una corona regia y otra de espinas. Tiene la estatua de Cristo Rey, como pedestal, una estructura de cúpula semiesférica con diámetro de 12 metros y medio, y la altura, 13 metros, que representa al mundo y tiene marcados con nervaduras los meridianos y paralelos terrestres y sirve de santuario del Rey Jesucristo.

A esta montaña de Cristo Rey suben numerosas peregrinaciones de todo México para tributarle a Jesucristo el homenaje de amor y adoración y pedirle por la paz del mundo.

La fe arraigada en México, gracias a la devoción fundamental del Corazón de Jesús ha dado frutos admirables en numerosos mártires; además muchas familias, que durante siglos han entronizado en sus hogares como Rey al divino Corazón, deseando cumplir siempre su ley de amor y teniendo como intercesora a la Santísima Virgen de Guadalupe, han acogido las enseñanzas evangélicas.

Renovación de la consagración de la nación mexicana al Sagrado Corazón de Cristo Rey en el santuario del Monumento Votivo Nacional a Cristo Rey de la Paz en la montaña de El Cubilete

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, CRISTO REY DE LA PAZ, llenos de júbilo venimos hoy a postrarnos ante Ti y gozosos te proclamamos, una vez más, Rey Eterno de la Nación Mexicana.

Coronamos tu frente con una diadema de corazones mexicanos, para que rijas a tu pueblo amado.

Eres Rey, así lo afirmaste en tu Pasión; eres Salvador, así te manifestaste en tu Resurrección; eres el Hijo del Padre, así te reconocemos en tu divinidad; eres la Fuente del Amor, así lo expresaste al morir por nosotros en la Cruz. México, siempre fiel, desea volver a entronizar tu Corazón en todos los hogares e implantarlo en la sociedad, para rendirte el homenaje que mereces como Rey y Señor del universo.

Consagramos a tu Corazón esta Iglesia que peregrina en México, con sus obispos, presbíteros y diáconos, religiosos y religiosas y fieles laicos, y a las nuevas vocaciones sacerdotales y de vida consagrada, para que tengan una sólida formación en el seguimiento radical de tu Evangelio y en una generosa entrega para la salvación de sus hermanos, impulsados por una profunda vida espiritual.

Consagramos a tu Corazón amoroso esta patria querida: a los gobernantes, para que trabajen siempre por el bien común; a las familias, para que forjen en las virtudes humanas y cristianas el corazón de las nuevas generaciones; a los indígenas y campesinos, obreros e inmigrantes, para que alcancen un mejor nivel de vida y un pleno respeto de su dignidad y sus derechos; a los legisladores y a los profesionales de la salud, para que respeten y defiendan la vida desde su inicio en el seno materno hasta su conclusión natural; a los que se dedican a la educación, la cultura, el arte y los medios de comunicación social, para que contribuyan a un mejor y más armónico desarrollo de la sociedad difundiendo valores auténticos; a quie-

nes logran avances científicos y tecnológicos, para que haciendo un uso responsable protejan la naturaleza que has creado y contribuyan al desarrollo integral de la persona y el fin trascendente del hombre; a

los distintos constructores de la sociedad, para que promuevan los principios básicos para la convivencia: amor, verdad, justicia, libertad, paz, respeto, solidaridad; a los amigos y a los enemigos, para que reines en todos los habitantes de esta nación. Te adoramos como fieles tuyos, te pertenecemos y estamos resueltos a defender tu Reino hasta que triunfe y sea exaltado, reverenciado y amado tu Sacratísimo Corazón, ofreciéndote gloria, amor y reparación.

CRISTO REY, desde la montaña consagrada a Ti, cura las heridas y enjuga las lágrimas de esta patria, consagrada a nuestra Madre, Santa María de Guadalupe, estrella de la evangelización. Reina con el suavísimo cetro de tu misericordia y míranos con ojos benignos, extendiendo tus manos poderosas para bendecirnos y protegernos de las asechanzas del mal.

Y Tú, Redentor amoroso de la humanidad, atrae a tu Corazón a los pecadores, a los desorientados, especialmente a los jóvenes, engañados con falsas doctrinas que los alejan de Ti. Conserva la fe que hemos recibido de nuestros padres y que ha sido sellada con la sangre de nuestros mártires y el ejemplo de nuestros santos. Que tu Iglesia santa y católica, pueda trabajar en auténtica libertad, para salvaguardar la dignidad humana de todos y ser un testimonio gozoso y humilde de resurrección y salvación. Danos, por fin, una santa muerte e introdúcenos en la herida preciosa de tu Corazón para resucitar en Ti a la vida eterna del cielo.

Corazón Santo, Tú reinas ya. México tuyo, siempre será. ¡VIVA CRISTO REY Y SANTA MARÍA DE GUADALUPE!



*Primera consagración al sacratísimo Corazón de Cristo Rey por el
Episcopado mexicano en pleno, el 11 de octubre de 1924, durante
el Primer Congreso Eucarístico Nacional celebrado del 5 al 12
de octubre de 1924 en la catedral metropolitana de México*



CORAZÓN DE CRISTO, REY PACÍFICO: Ille-
nos de júbilo venimos hoy a postrarnos ante Ti y
gozosos te proclamamos Rey inmortal de la nación
mexicana.

Queremos coronar tu frente con una diadema de
corazones mexicanos y ponernos en tus manos para
que rijas y gobiernes a tu pueblo amado. Eres Rey
como afirmaste en tu Pasión, porque eres el Hijo de
Dios. Por tanto, este pueblo tuyo que tiene hambre y
sed de justicia, que se ampara en tu celestial realeza,
desea entronizar tu Corazón en todos los hogares
pobres y ricos y rendirte el homenaje que mereces,
reconociendo tu majestad sobre todo el orbe.

Consagramos a tu Corazón sagrado la Iglesia de
México, con todos sus pastores, ministros y comuni-
dades religiosas; la Patria querida con todos sus
gobernantes, sus hogares; las familias con todos sus
miembros ancianos, adultos o niños; a los amigos y a
los enemigos y, muy particularmente, a las madres,
las esposas y a las hijas destinadas a modelar el cora-
zón del futuro pueblo mexicano, para que triunfes y
reines en todos los habitantes de esta nación.

Todos ¡oh Cristo!, con ardiente júbilo te juramos
fidelidad como nobles y generosos vasallos. Habla,
pues; manda, reclama y exige con imperio; pídenos
la sangre y la vida, que son tuyas, porque totalmen-
te te pertenecemos y resueltos estamos a dártela por
defender tu bandera hasta que triunfe y sea exalta-
do, reverenciado y amado para siempre tu herido
Corazón.

Desde la santa montaña consagrada a Ti, enjuga-
rás las heridas de esta república conquistada por
María de Guadalupe. Tú reinarás en ella con el ce-
tro suavísimo de tu misericordia; y en la paz como
en la guerra, en la agitación como en la tranquili-
dad, nos verás con benignos ojos y extenderás tus
benditas y poderosas manos para bendecirnos. Y
nosotros, te aclamaremos siempre por nuestro Rey
y Salvador.

Y Tú, Redentor amoroso de los hombres, atrae a
tu Corazón a los pecadores para convertirlos y a los
pobres para fortalecerlos.

Acoge en tu Corazón a las almas desorientadas y
engañadas con falsas doctrinas; conserva la fe en
nosotros y despréndenos de los bienes del mundo;
calma los odios y une a los hermanos, ilumina a los
ciegos, perdona a los ingratos, pero, sobre todo, con-
cede a tu Iglesia la libertad y la paz por la que tanto
suspira.

Establece tu dominio en todos los pueblos de
nuestra patria e introduce tu caridad en las cárceles,
los hospitales, las escuelas, los talleres; haz un tro-
no para Ti en cada corazón mexicano, porque los
pastores y las ovejas, los padres y los hijos nos glo-
riamos de ser tuyos.

Danos, por fin, una santa muerte, introdúcenos
en la herida preciosa de tu Corazón, para resucitar a
la vida eterna del cielo.

Corazón santo, Tú reinas ya. México tuyo, siem-
pre será. ¡VIVA CRISTO REY!

El delfín Luis José-Javier y la carmelita Teresa de San Agustín, dos fieles hijos de María Leszcynska

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

El delfín Luis José-Javier educado por María Leszcynska en virtud y piedad, esperanza de la Francia católica ante los crecientes avances la irreligión

VIMOS como la Francia de Luis XV se deslizaba en caída libre hacia el precipicio, pues Dios «Hace reinar al hombre hipócrita por la perversidad del pueblo».

Consciente de que la Francia católica nada podía esperar ya de la política de su esposo Luis XV, rehén de la masonería, María Leszcynska se dedicó a la educación moral y religiosa de su hijo el delfín Luis José-Javier, nacido en 1729, y al que consagró a Nuestra Señora en Chartres a los cuatro años, iniciándole desde pequeño en la fe y en el amor al Corazón de Jesús. El príncipe siguió a su madre en su piedad, y escribe: «Mis días más felices son aquellos en que tengo la dicha de comulgar».

María reconocería años después: «El Cielo no me ha concedido más que un hijo, pero ha querido que sea tan virtuoso, prudente, afectuoso, tan bueno como yo no hubiera podido esperar». Cuando le preguntaron a cuál de sus antepasados quería parecerse, el Delfín respondió: «A san Luis. Querría ser santo como él.»

Sus preceptores le enseñaban la galicana doctrina, imperante de siempre en la corte, de que la unificación real del monarca equivalía a una ordenación sagrada, a una especie de supremo sacerdocio que hacía al rey responder de sus actos sólo ante Dios, y que le daba supremacía sobre la Iglesia en Francia por encima del Papa, pero el Delfín, advertido frente a ella, no la compartía. Estaba escandalizado de la inmoral conducta de su padre, y pedía a Dios su conversión, unido a las oraciones de su madre, aunque discrepaba de ella sobre su resignada aceptación de los públicos pecados del rey, y de que sus amantes vivieran en palacio, que algunos eclesiásticos le aconsejaban tolerar «por la gloria de Dios», a lo que respondía que él no podía entender cómo la gloria de Dios creciera tolerando tales indignidades.

«Yo también quiero hacer algo por el Corazón de Jesús»

EL Delfín había cumplido los veinte años, y un día, tras oír a su madre contarle cómo había intentado que Roma estableciera la fiesta del Sagrado Corazón, le dijo: «Yo también quiero hacer algo por el Corazón de Jesús». Aconsejado por monseñor De Beaumont, decide reconstruir el convento de Santa Aurea, donde se refundará la Adoración Perpetua al Sagrado Corazón. El superior le expone la magnitud de la obra, pero el príncipe le responde: «Encargaos Vos de lo espiritual; lo temporal me concierne a mi», pagando con munificencia real las deudas. La reina asistiría luego con frecuencia al convento, sumándose como una más a las adoratrices perpetuas ante el Sacramento. María Leszcynska trabajó por el triunfo del Corazón de Jesús en Francia, en Lorena, y en Roma, pero nada le parecía suficiente, pues había que cumplir también su deseo de ser introducido en la Corte, y lo que no podía hacer María por sí, lo hizo por medio de su piadoso hijo, y en 1763 el Delfín ordenó iniciar en el palacio real de Versalles las obras para erigir una capilla al Sagrado Corazón de Jesús, presidida por su imagen, que se terminaría, tras su muerte, mediante un legado de 30.000 francos dejado para este fin.

«Hagamos que Dios triunfe, que Él ya dispondrá del resto.»

CUANDO los protestantes franceses ofrecieron al tesoro setenta y dos millones a cambio de disponer de dos ciudades en cada provincia donde poder practicar libremente su religión, se debatió la petición en el Consejo real, y los pareceres de los consejeros se dividieron. El Delfín asistía junto a su padre, y encabezó su rechazo, pero cuando los consejeros opuestos le reprochaban que las finanzas reales precisaban de esa suma, les dio esta inspirada respuesta propia de san Luis: «Hagamos que Dios triunfe, que Él ya dispondrá del resto.» La petición fue rechazada y los herejes nunca se lo perdonaron.

Toda la cristiandad tenía puestas en él sus esperanzas, pero también se le dirigía el odio impío de los volterianos e ilustrados, que le veían como un obstáculo a eliminar para el triunfo de sus planes, que veían ya próximos. Los libertinos de palacio intentaron corromperle, como habían hecho con su padre, y le tendieron seductoras trampas, pero él las esquivó con la gracia de Dios propiciada por las oraciones de su madre. Cuando en el Consejo se atrevió a proponer impedir que D'Alambert siguiera publicando la *Enciclopedia*, pues dijo que su difusión causaba gran daño en la fe y cristianas costumbres de Francia, varios consejeros se alarmaron, y dieron la consigna de evitar a toda costa su futuro acceso al trono.

En un libelo que circulaba clandestinamente por París en 1762 bajo el título de «las tres necesidades» se decía eran éstas: la necesidad de destruir a los jesuitas, la de descartar al Delfín de acceso al trono, y la de anular la autoridad de los obispos, refiriéndose en primer lugar al intrépido arzobispo de París monseñor Cristóbal de Beaumont, que tras su pastoral de 1763 en defensa de los jesuitas, fue desterrado de la ciudad por el Parlamento.

El «príncipe jesuita» encabeza el «partido de los imbéciles fanáticos»

LUIS XV no tenía nada personal contra los jesuitas, teniendo por confesor al discreto padre Perusseau, S.I., y en su corte tanto eran llamados «granaderos de la fe» por Aubigné, como «granaderos del fanatismo» por D'Alambert. El rey sabía que la guerra desatada contra ellos no era sino un episodio de la guerra emprendida por la impiedad contra la Iglesia católica, pero, dominado por Mme. de Pompadour que los detestaba, cedió a la presión que sobre él ejercía el espíritu de su siglo de las Luces. El Delfín los defendió a muerte hasta el final en el Consejo Real, aunque en vano, pues la decisión estaba tomada de antemano; el rey contó los votos y aprobó la propuesta de disolución. El Delfín se levantó y se marchó indignado del salón. A partir de entonces le llamaron el príncipe jesuita.

En torno al Delfín y a la reina María se agrupó el que llamaban «partido devoto», y Voltaire calificaba como «partido de los imbéciles fanáticos», formado por un grupo de amigos del heredero, el arzobispo Beaumont, la mayoría de obispos ultramontanos, y las piadosas princesas. Este partido carecía de la menor influencia política, pero sus enemigos ilustrados y libertinos y madame de Pompadour, que odiaban al Delfín no tanto por lo que era en el presente, como por lo que temían pudiera ser en el futuro, decían al rey que era un partido poderoso, manejado por los jesuitas con la inten-

ción de alcanzar el poder, derrocarlo y poner en su lugar a su hijo, aunque el Delfín no tenía el menor deseo de reinar, y decía: «Jamás me ha deslumbrado el resplandor del trono», y me preocupa «si algún día sufro la desgracia de llegar a ser rey.»

Se impuso la consigna de desacreditar a toda costa al heredero, y los impíos y libertinos cortesanos se burlaban de él, presentándolo como a un pobre santurrón. La tenaz campaña consiguió que Luis XV, pese a que sabía que su hijo era bueno y atento cumplimiento de sus deberes, le tratara con frialdad y desconfianza, le apartara de su lado, y que, pese a haber cumplido ya los treinta años, le tuviera en la más absoluta inacción en los asuntos políticos del reino, no disimulando su disgusto cuando pretendía asistir a los consejos. Le descalificaba públicamente por no tener ni su porte ni su estilo: «No ama a las mujeres, ni practica la caza, ni valora la buena mesa, es un patán al que habría que despabilar y desasnar.»

Los matrimonios del Delfín

EN febrero de 1745 se casó al Delfín con la joven infanta española María Teresa, amorosa y tímida, de ojos azules. En julio de 1746 le llegan los dolores del parto que viene mal. Nace una niña pero la madre muere tres días después a la edad de veinte años. Su cuerpo fue llevado a Saint-Denis. Luis José-Javier amaba tiernamente a la Delfina, y nadie pudo detener sus lágrimas. Todos olvidaron pronto a esta desgraciada princesa española, salvo su marido que restaría fiel a su memoria incluso tras su segundo matrimonio, y que pediría en su testamento que su corazón se enterrara en Saint-Denis junto al sepulcro de su primer amor.

A instancias de madame de Pompadour y su partido y para tener un apoyo contra Austria, se dispuso casarlo de inmediato con María Josefa, hija del rey de Polonia, Federico Augusto. Nuevo sacrificio para María Leszcynska, que además de tener que acatar las decisiones de la última querida del rey, nombrada marquesa y viviendo en palacio, tuvo que llevar a solas la tristeza de tener que aceptar que su hijo se convirtiera en yerno del príncipe que había desposeído del trono a su padre.

El matrimonio del Delfín con María Josefa tuvo lugar en 1747, a los casi dos años del primero, y fue un matrimonio cristiano muy feliz. El Delfín, que sólo amaba a su mujer y a sus hijos, se retiraba a su vida familiar y se dispensaba de las ceremonias, espectáculos y bailes de palacio. De este matrimonio modelo nacerían el duque de Berry, futuro Luis XVI; el conde de Provenza, Luis XVIII; el conde de Artois, Carlos X; María Clotilde, reina del Piamonte, y la pequeña Elisabet, mártir en la guillotina.

Gozo y duelo de María Leszcynska en 1765

EL 6 de febrero 1765 María Leszcynska veía cómo por fin Clemente XIII firmaba el decreto de autorización la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús para Polonia y la Archicofradía Romana, y ella personalmente promovía que los obispos acordaran extender la fiesta a toda Francia, pero su alegría se veía contrarrestada por una gran pena: su hijo Luis José-Javier, se agravaba en su ya larga enfermedad, para la que los médicos no hallaban remedio. El Delfín era consciente de que su mal no tenía remedio, pero su madre María le pidió se uniera a sus oraciones y a las de toda Francia, que pedían a Dios le devolviera la salud, invocando el bien que esperaban podría hacer en su día por la fe y la religión del reino. El Delfín respondió: «Querida mamá, los caminos de Dios no son los nuestros; nadie es necesario, tened confianza en el Señor, Él que ha establecido en nuestra patria la religión sin mí, sabrá bien guardarla y hacerla triunfar sin mí. Confío sólo en su misericordia».

El virtuoso delfín Luis José-Javier, muere en la paz de Dios a la temprana edad de 36 años, el 20 de diciembre de 1765. El presidente Hénault, superintendente de la reina, daba el pésame a Luis XV: «La consternación es general; se olvidan los problemas de Estado para apenarse de la persona de un príncipe, el más perfecto que haya salido de las manos de Dios. Él, que nos lo había enviado, ha hecho de él un santo en lugar de un gran rey. Nuestros hijos le hubieran obedecido, nosotros lo invocaremos».

La noticia causó consternación en la Francia católica, que veía derrumbarse sus esperanzas de restauración, pero fue celebrada con júbilo entre los que preparaban la Revolución, viendo ya removido el obstáculo que podía detenerla. Se dijo si el Delfín fue envenenado, pero no habiendo prueba, Tocqueville reconoce que «el veneno que le mató fue un veneno moral, destilado de las desconfianzas, celos y prevenciones injuriosas inspirados al rey contra él, y la consiguiente frialdad de su padre, las calamidades de la guerra de los Siete Años, el envilecimiento de la realeza y sobre todo la inminente caída del orden social que veía inevitable.»

Los piadosos franceses se preguntaban: ¿por qué no ha reinado este santo Delfín? ¿Por qué Dios que nos lo había dado, nos lo ha quitado? Y años más tarde: ¿Qué hubiera pasado si el Delfín hubiera llegado al trono en lugar de su hijo Luis XVI? Con su sólida piedad y confianza en Dios, su espíritu de fortaleza ante el peligro, y la firmeza de carácter ante las contrariedades ¿hubiera triunfado la Revolución tan fácilmente?

Este príncipe ejemplar, que «jamás se había deslumbrado con el resplandor del trono», no había de

reinar, pero sí tres de sus hijos, que serían los últimos reyes de la dinastía legítima de Francia: Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X. Dos hijos suyos morirían en el cadalso: el rey Luis XVI en 1793, y la menor de sus hijas, madame Elisabet, que no fue autorizada a ingresar en el Carmelo, y que, tras una vida ejemplar, moriría mártir a los treinta años en 1794 también bajo el filo de la guillotina. Otra hija, María Clotilde, modelo de piedad en el trono de Piamonte y Cerdeña, sería declarada venerable por Pío VII.

Luis XV nombró nuevo Delfín a su nieto mayor de once años, hijo del difunto, que poco después, el 13 de marzo de 1767, perdía también a su piadosa madre María Josefa de Sajonia, y al año siguiente a su santa abuela María Leszcynska y a su bisabuelo Estanislao, y con ellos perdió su cristiana influencia. Los cortesanos que rodeaban al viejo rey no podían permitirse el riesgo de que el nuevo Delfín siguiera los pasos de su padre, y decidieron que sería educado por preceptores filósofos en las luces del siglo, y así sería durante diez años, hasta que en 1775 al morir su abuelo Luis XV, sería elevado al trono como Luis XVI. La Revolución sabía que este débil monarca no iba a ser obstáculo a sus planes, como podía haberlo sido su padre, y decidió acelerar su marcha enfrentándosele, sabiendo que si se oponía sería arrollado.

Las dos carmelitas Teresas de San Agustín

ANTE las murallas de Compiègne fue apresada santa Juana de Arco por los borgoñones aliados con los ingleses y llevada luego a la hoguera en Rouen. Los reyes de Francia instalarían en la villa uno de sus palacios. La reina regente Ana de Austria, madre de Luis XIV, había concedido en 1647 a las carmelitas en una esquina del parque del castillo real de Compiègne una parcela para que establecieran allí su convento. Un siglo después, cuando la corte pasaba temporadas en el palacio, la reina María Leszcynska solía retirarse en el convento por varios días junto con sus piadosas hijas, que al llegar se despojaban del traje de la corte y se vestían otro muy sencillo que guardaban en el monasterio.

Ante los continuos viajes de la reina María al convento de las carmelitas de Compiègne, su hijo el Delfín, que a menudo le acompañaba, le reprocha cariñosamente: «Me temo, mamá, que os vais a indisponer con santa Teresa; ¿por qué estar aquí más ferviente que las más fervientes carmelitas, y hacer todas nuestras oraciones aún más largas que las suyas?». La reina le respondía: «Es porque nuestras necesidades son mayores y más urgentes que las suyas; estas santas hijas están continuamente en presencia de Dios, y nosotros siempre ante la molición

del mundo». La reina María tuvo siempre como familiar a su querido Carmelo de Compiègne. Cuando residía en el convento, en la hora de recreación al mediodía la reina hilaba lana para las túnicas de sus «queridas *carmelitas*», a las que pedía que difirieran la toma de hábito y de velo hasta la época en que llegaba la corte, para poder asistir a la ceremonia con sus hijas y dárselo ella misma.

«Si es sólo por Dios, hazte carmelita, pero no en Compiègne.»

AL día siguiente de una de estas celebraciones, su hija más pequeña, madame Luisa de Francia, escribía a la priora María Teresa de la Resurrección: «Os pido una gracia, pero con tanto secreto que no lo sepa absolutamente nadie, y es que me enviéis la túnica de jerga que le pusisteis ayer a la novicia al tomar el hábito». Allí, a los catorce años, sintió brotar en su alma su vocación carmelita, y le dijo a su madre: «Prefiero ser carmelita en Constantinopla que reina en Versalles». En 1768, tras la muerte de su madre, pidió permiso a su padre el rey para ingresar en aquel Carmelo. Luis XV se turbó con la noticia, pero, una vez repuesto, le dijo: «Es muy duro para mí, pero si es sólo por Dios, hazte carmelita, pero no en Compiègne», advirtiéndole que no podría llevar su vida licenciosa en el castillo, pensando en que su hija se sacrificaba por él en el convento del parque. Como su antigua amiga y priora María Teresa de la Resurrección era ahora maestra de novicias en el Carmelo de Saint-Denis, ingresó en éste con el nombre de Teresa de San Agustín. La noticia causó estupor en Versalles, pues todos sabían que lo hacía para expiar los pecados de su padre.

Sor Teresa de San Agustín, madrina de la beata Magdalena Lidoine, priora del Carmelo de Compiègne, «la última del cadalso»

TERESA de San Agustín estuvo siempre en directo contacto con sus hermanas de Compiègne, y encaminó a su convento en 1773 a la joven Magdalena Lidoine, alma mística, de cuyas gracias estaba admirada, escribiendo a su sobrina la delfina María Antonieta que le pagase la dote de su peculio personal, lo que ésta hizo gustosa. Agradecida y en su recuerdo, al ingresar en el Carmelo de Compiègne Magdalena tomó también el nombre de Teresa de San Agustín, llegando a ser priora veinte años más tarde en los tiempos de prueba del Terror. De todos es conocida su historia, pidiendo ser la última de las dieciséis carmelitas mártires guillotinas el 17 de julio de 1794, para poder



La sierva de Dios Luisa de Francia

asistir y confortar a sus hermanas. Pío IX, introdujo en 1873 la causa de la venerable sierva de Dios Luisa de Francia, la primera de las dos Teresas de San Agustín, y la segunda, la beata Magdalena Lidoine está ya en vías de canonización.

El rescate del culpable por el inocente es el misterio de la Redención

LAS oraciones de su abandonada esposa la reina María, las de su despreciado hijo el Delfín, y las de sus piadosas hijas, por la salud espiritual del rey eran continuas, y el rescate del culpable por el inocente, que es el misterio de la Redención, culminado por su hija la carmelita Teresa de San Agustín, propiciaron la misericordia del Corazón de Jesús para con el desgraciado rey, y consiguieron que, una semana antes de su muerte, infectado de una extraña viruela, se atreviera Luis XV a expulsar de la corte a la última de sus queridas: «Me debo a Dios y a mi pueblo, por eso debéis retiraros». Sorteando el cerco de cortesanos libertinos y volterianos, las princesas lograron que su padre se confesara. Luis XV se levantó del lecho para recibir de rodillas la comunión, y murió cristianamente el 10 de mayo de 1774. Quince años después, el 23 de diciembre de 1787, moría la venerable Luisa de Francia, carmelita descalza, tan devota como su madre del Corazón de Jesús. Su humilde tumba en el jardín del Carmelo sería profanada por la Revolución, pero su alma, junto a la de su hermano el Delfín, y la de su santa madre, estarían ya en el cielo.



Pequeñas lecciones de historia

El jansenismo y el galicanismo: la Iglesia galicana (II)

GERARDO MANRESA

DURANTE más de quince años, Francia impidió la firma la paz de la guerra de los Treinta Años, prolongando la guerra para que el bando católico no obtuviera ventajas; con ello, el país quedó completamente arruinado. Ello provocó una rebelión capitaneada por el Parlamento y la aristocracia contra el primer ministro, Mazzarino: la Fronda. Ésta, después de diez años de lucha, fue derrotada. Al mismo tiempo, las doctrinas jansenistas, condenadas ya por Roma se iban extendiendo por en la burguesía y familias importantes del reino.

Los parlamentarios de la Fronda, tras la derrota, se refugiaron en la controversia y se hicieron casi todos partidarios de las teorías de Jansenio. Por su parte, los jansenistas vieron, en la unión, un apoyo en su lucha contra los jesuitas, que era la base de su oposición a la Iglesia romana. Había simpatía entre la austeridad parlamentaria, los inflexibles magistrados de París y las almas rigoristas de Port-Royal.

La querrela jansenista, que por su esencia afecta a todo lo que mueve el espíritu, no sólo invadía el campo religioso, sino que, tras la condena de la Iglesia y las *Cartas Provinciales* de Pascal, tuvo también gran influencia en los campos filosófico y político. Al cabo de los años dichas teorías tuvieron mucha influencia en las costumbres y hábitos del clero y, como consecuencia, del pueblo cristiano sencillo.

En 1653, se habían condenado las cinco proposiciones del *Agustinus* de Jansenio, pero astutamente se intentaba sobrepasar con el llamado silencio respetuoso. En 1657, una Asamblea del Clero condenó esta actitud y se privó del uso de los sacramentos a los jansenistas, pero cuatro años más tarde cuatro obispos publicaron sendas pastorales en apoyo de dicha postura silenciosa.

Luis XIV, que estaba en los primeros años de su reinado, ante esta situación, se decidió a actuar contra el jansenismo. En el año 1667 murió el papa Alejandro VII, que tanto había hecho por la unidad de la fe contra los jansenistas. Su sucesor, Clemente IX, continuó la misma actitud y siguió los procesos contra los obispos, pero Luis XIV cambió de actitud, porque el papa no quiso ceder a ciertas exigencias francesas en la formación del Tribunal Eclesiástico. La actitud del papa hizo que los obispos disidentes firmasen la fórmula establecida por Alejandro VII y se suspendió el proceso de 1669, llegándose a la «Paz clementina». Dicha paz abrió un paréntesis en la lucha contra el jansenismo en la Iglesia de Francia. Durante este tiempo, Luis XIV había afianzado su absolutismo para obtener el control de todo el país, sobre todo en el aspecto económico; únicamen-

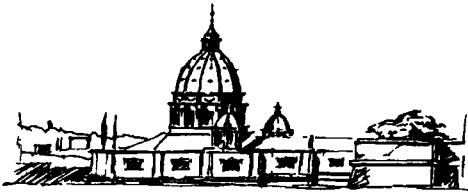
te le faltaba el control de la Iglesia. Tanto el parlamentarismo frondista, que no aceptaba la sumisión a una corona extranjera y apoyaba la supremacía de los concilios sobre el papa, como al jansenismo, que ante las condenas de Roma veía bien una Iglesia nacional, ofrecieron apoyo y colaboración a Luis XIV en sus ansias por el control de la Iglesia de Francia. Así en el año 1681, Luis XIV, recordando las ansias recaudatorias de Francisco I, se apropió de los beneficios de cuatro regiones que no le correspondían. Los obispos de Alais y de Pamiers fueron los únicos que levantaron la voz y recurrieron a Roma. La reclamación de dichos obispos fieles a la Santa Sede fue escuchada por el papa Inocencio XI. El papa escribió, lleno de ternura, al rey: «Nuestra alma está sobreco-gida por la aflicción y, por las entrañas de Jesucristo, suplico a Vuestra Majestad que recordando lo que el Salvador ha dicho a la cabeza de la Iglesia: “El que a vosotros oye a mí me oye”, nos preste oído que le servimos de padre, y de padre que os ama especialmente».

A dicha carta, Luis XIV contestó convocando la Asamblea de la Iglesia galicana. El rey entraba así en las ideas del jansenismo de oponerse a la Iglesia y los parlamentarios veían con gozo la separación de un dominio extranjero. Los obispos, nombrados en su mayoría por Luis XIV, a la cabeza de los cuales estaba Bossuet, aunque no tenían ideas hostiles a la Iglesia, tenían sus beneficios y no se iban a oponer a la voluntad del rey. El día 20 de marzo de 1682, la Declaración de los cuatro principios se publicaba y se convertía en ley del Estado.

La declaración de la Iglesia galicana fue un gran triunfo del jansenismo en Francia, porque después de la condena de la Santa Sede, la única posibilidad de extensión y dominio de su doctrina era la separación de Roma.

Para conseguir la unidad religiosa bajo su poder le faltaba a Luis XIV el dominio sobre los hugonotes. La revocación del Edicto de Nantes, en 1686, no fue, pues, un acto de catolicidad sino un acto de unificación de la Iglesia bajo su poder, con el apoyo de los jansenistas. Una fuerte persecución hizo que los hugonotes se convirtieran o huyeran a los países protestantes, Holanda o Estados alemanes. El año 1693, presiones internas de los fieles a Roma y las alianzas de las guerras externas obligaron a Luis XIV a pedir al Santo Padre la renuncia al Edicto promulgado.

El año 1675 se iniciaron las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús en Paray-le-Monial y en 1689 hizo pedir al rey de Francia que consagrara el país a su Corazón, de lo que vendrían todas las bendiciones para la nación. Luis XIV no lo hizo y el siglo XVIII acabó con la Revolución francesa y la ejecución del rey de Francia.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Corazón de Jesús, fuente inagotable de misericordia

BENEDICTO XVI recordó el pasado domingo 25 de junio la actualidad de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús al encontrarse a mediodía con motivo de la oración mariana del ángelus con unos treinta mil peregrinos.

El pontífice comentó el significado de la solemnidad litúrgica del Sagrado Corazón celebrada por la Iglesia el viernes precedente y remarcó que el auténtico culto al Sagrado Corazón, «uniendo acertadamente la devoción popular con la profundidad teológica», «mantiene toda su validez y atrae especialmente a las almas sedientas de la misericordia de Dios, que en él encuentran la fuente inagotable, en la que pueden sacar el agua de la Vida, capaz de regar los desiertos del alma y de hacer que vuelva a florecer la esperanza».

Para entender esta devoción, aclaró Benedicto XVI, es necesario remontarse al «misterio de la Encarnación»: «a través del Corazón de Jesús se manifestó de manera sublime el amor de Dios hacia la humanidad».

En este año, se han celebrado los cincuenta años de la encíclica «Haurietis aquas» de Pío XII y con este motivo, el Papa ha escrito una carta al padre Peter-Hans Kolvenbach, prepósito general de la Compañía de Jesús, en la que constata que la adoración al amor de Dios, manifestado en el «corazón traspasado» en la Cruz, es «imprescindible» para la vida espiritual de todo cristiano.

José Ignacio Munilla Aguirre, nuevo obispo de Palencia

EL papa Benedicto XVI ha nombrado obispo de Palencia al sacerdote José Ignacio Munilla Aguirre que, con sus 44 años, se convierte en el prelado más joven de España. La diócesis estaba vacante desde el 21 de enero de 2006 por el traslado de monseñor Rafael Palmero Ramos a la diócesis de Orihuela-Alicante y, desde entonces, el sacerdote Gerardo Melgar Viciosa ha estado al frente de la sede palentina como administrador apostólico. El nombramiento se hará plenamente efectivo cuando el 10 de septiembre reciba la ordenación o consagración episcopal en su catedral de Palencia.

José Ignacio Munilla Aguirre inició los estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor de Toledo y los concluyó en San Sebastián, ordenándose sacerdote en dicha diócesis el 29 de junio de 1986. Desde entonces ha desempeñado su ministerio pastoral en Zumárraga (Guipuzcoa).

Hecho público el nombramiento por parte de la Nunciatura Apostólica a través del correspondiente comunicado a la Conferencia Episcopal Española, el nuevo obispo de Palencia dirigió unas breves palabras a los medios de comunicación en las que, agradeciendo a Su Santidad la muestra de confianza que supone por su parte esta elección, dibujó también cuáles iban a ser las grandes líneas de su nuevo ministerio: «Durante trece años fui alumno del Colegio del Sagrado Corazón de San Sebastián; y siempre he sido un enamorado de esa gran imagen que preside desde el monte Urgull nuestra hermosa ciudad. Al marchar de esta diócesis donostiarra a tierras palentinas, os llevo a todos vosotros dentro de ese Sagrado Corazón que he elegido como escudo episcopal, coronándolo con el lema de «IN TE CONFIDO» (En ti confío).. (...) «Los cambios vertiginosos que vive nuestra sociedad, no han conseguido modificar la realidad existencial de fondo: el corazón del hombre está inquieto hasta que no descanse en el Sagrado Corazón de Cristo y en el Inmaculado Corazón de María. Por lo tanto, me dispongo a proclamar ante el mundo que “Dios es amor” y que toda vida humana tiene sentido desde la vocación al amor para la que el Señor nos ha creado, tal y como el Papa nos ha recordado en su primera encíclica.»

Nuevas causas de canonización de mártires de la persecución religiosa de 1936-1939

EL pasado 26 de mayo, el arzobispo de Mérida-Badajoz, monseñor Santiago García Aracil, abrió en la catedral pacense el proceso de canonización de 35 mártires de la persecución religiosa de 1936.

Se trata de 29 sacerdotes diocesanos, 2 seminaristas diocesanos y 4 religiosos, asesinados «estrictamente por razones de fe y no por otra causa, por noble que fuera», según explicó al semanario «Iglesia en Camino», Sebastián González, delegado diocesano para las Causas de los Santos. En una carta dirigida

con tal motivo a la diócesis, monseñor García Aracil pidió a los fieles que colaboren y aporten pruebas en el proceso que hoy comienza, «para que se esclarezcan las circunstancias y se logre el discernimiento acerca del carácter de genuino martirio de quienes vamos a presentar al Santo Padre el Papa para su última decisión».

Este nuevo proceso iniciado en Mérida-Badajoz ha precedido al anuncio por parte de la Santa Sede de los decretos de varios mártires, entre ellos 149 mártires de la persecución del 1936 y la promulgación del milagro atribuido a la fundadora de la Congregación terciaria franciscana de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Los nuevos mártires son el salesiano Enrico Saiz Aparicio y 62 compañeros de la orden de Don Bosco, asesinados en Carabanchel entre 1936 y 1937, el sacerdote Buenaventura García Paredes y 42 mártires más también asesinados en Madrid en 1936, Miguel Léibar Garay y sus compañeros de la Sociedad de María asesinados en el Puente de Vallecas, Prudencia Canyelles i Ginestà y seis mártires de las Congregaciones de Misioneros de los Sagrados Corazones de Jesús y María y las religiosas franciscanas Hijas de la Misericordia encabezadas por el misionero Simón Reynés Solivellas, asesinados todos en Barcelona en 1936.

«Familia y procreación humana»

ESTE es el título del nuevo documento publicado por el Consejo Pontificio para la Familia, presidido por el cardenal Alfonso López Trujillo, y destinado a ser objeto de estudio tanto en su doctrina como en su aplicación pastoral.

El tema se aborda en cuatro capítulos –«Qué implica la procreación», «Por qué la familia es el único lugar apropiado para ella», «Qué se entiende por procreación integral en la familia», «Qué aspectos sociales, jurídicos, políticos, económicos y culturales lleva consigo el servicio a la familia»– mientras el capítulo quinto presenta «Dos perspectivas complementarias, la teológica, por cuanto la familia es imagen de la Trinidad y la pastoral, porque la familia está en la base de la Iglesia y ella es lugar de la evangelización».

Ecuador decreta el «Día del Niño por Nacer»

POR iniciativa de Juan Pablo II y siguiendo las huellas de El Salvador (1993), Argentina (1998), Chile (1999), Guatemala (1999), Nicaragua (2000), República Dominicana (2001), Perú

(2002) y Paraguay (2003), el Presidente del Ecuador, Alfredo Palacio González, emitió un decreto el pasado 6 de junio mediante el cual se establece el 25 de marzo, fiesta de la Anunciación, es decir, fiesta de la concepción de Jesucristo, como Día del Niño por Nacer.

El decreto afirma que el concebido es ya un niño y, por tanto, se le debe asegurar «el derecho a la vida», reconociéndole expresamente su «calidad de persona natural sujeta de derecho, al que no se le puede discriminar por su condición de no nacido».

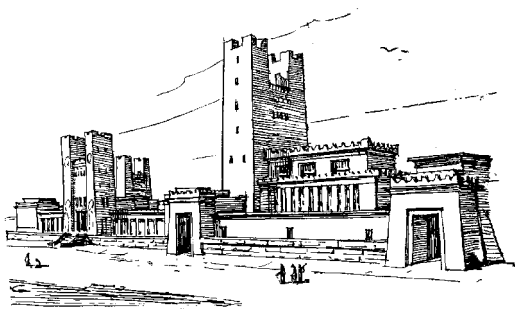
La norma también precisa que «es una obligación constitucional del Estado, proteger y garantizar la vida de todo ser humano, desde su concepción» y destaca que «es necesario concienciar a la sociedad acerca de esta protección especial que merecen los niños no nacidos, por su extrema fragilidad e indefensión; y que los niños no nacidos son un grupo vulnerable al que debe darse un trato prioritario». «Los Ministros de Educación y Cultura y Bienestar Social en el ámbito de su competencia implementarán las acciones necesarias en planteles educacionales, instituciones de asistencia social y benéfica, que promuevan y promocionen programas y festejos en honor de los niños no nacidos y de la vida», indica el decreto.

Los obispos de Bolivia entregan una Biblia y el Compendio de la doctrina social a cada diputado

LA Biblia y la doctrina social de la Iglesia contribuirá a la lucha contra la pobreza en el país. Con esta convicción y con una iniciativa sin precedentes, la Conferencia Episcopal Boliviana ha decidido regalar una Biblia y una copia del *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* a cada uno de los diputados que conforman la Asamblea Nacional del país que se reunirá el próximo mes de agosto.

«La necesidad es extrema, y la gente no encuentra trabajo», señala el cardenal Terrazas, presidente de la CEB, añadiendo que «la Iglesia defiende la justicia y la paz, defiende la vida». La asociación «Ayuda a la Iglesia Necesitada» financiará la adquisición, envío y distribución de los quinientos ejemplares de la Biblia y del Compendio de la doctrina social entre los diputados bolivianos.

Bolivia está considerado uno de los países más pobres del continente. Los ingresos per cápita no llegan a los 60 euros mensuales, y en la zona rural tan sólo un tercio de la población dispone de agua potable.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT
y SANTIAGO ALSINA

Hispanos en USA: un crecimiento que cambia los equilibrios estadounidenses

MUCHO se ha escrito acerca de la cuestión de la inmigración en los Estados Unidos, de la bondad de una amnistía general, de la posibilidad de blindar la frontera con México o de las dificultades para integrar a la población hispana por su magnitud y el mantenimiento de sus vínculos con sus países de origen gracias a la cercanía geográfica y a las mejoras en lo que a comunicación se refiere. Vamos a intentar aportar al debate un elemento, el demográfico, que creemos que es esencial para comprender la dimensión de la cuestión.

Según los datos de 2003, los hispanos ya constituyen el 14% de la población norteamericana, superando de este modo a la minoría negra, estancada alrededor del 12%. Esto significa que ya son la minoría más grande, superando a los negros, y a mucha distancia de los asiáticos (4%) y de los indios nativos (1%). El escenario se modifica si consideramos no ya el peso de cada grupo sobre el total de la población, sino el porcentaje sobre los nacimientos en el mismo año. Aquí el avance hispano es grande: el 14% de la población genera el 22% de los nacimientos en el país. Esto significa que, de mantenerse esta tendencia, a medio plazo los hispanos se acercarían a una cuarta parte del país, y eso sin contar con movimientos migratorios. Si nos fijamos en el detalle veremos que los mexicanos son quienes se llevan el mayor mérito pues ya un 16% de los nacidos en los Estados Unidos tienen este origen. El avance hispano se realiza principalmente a costa de la población anglosajona que, aunque supone un 67% de la población norteamericana, sólo genera el 56% de los nacimientos.

Si comparamos la evolución del número de nacimientos en los Estados Unidos entre 1990 y 2003 los resultados son significativos. Mientras que la cifra de nacimientos absolutos se mantiene estable en torno a los cuatro millones, su composición varía sustancialmente. El nacimiento de anglosajones desciende un 12% y el de negros un 13% mientras que los grupos que aumentan son los indios en un 10%, los asiáticos en un 56% y los hispanos, que con casi un millón de nacimientos experimentan un creci-

miento en algo más de una década del 53%. Una vez más el grupo más dinámico dentro de los hispanos son los mexicanos, con un crecimiento del 70%. Esto se debe, evidentemente, a una mayor tasa de fecundidad, que entre los hispanos se sitúa en 2,8 hijos por mujer.

En definitiva, no son necesarios unos conocimientos exhaustivos de demografía para comprender que la presencia hispana en los Estados Unidos va a consolidarse y aumentar en un futuro no tan lejano. De ahí su creciente importancia en la configuración de la política norteamericana y en consecuencia lo delicado del asunto, ya que el papel de los hispanos será un factor decisivo en el futuro de la primera potencia mundial. Unos hispanos mayoritariamente católicos pero que en porcentajes cada vez mayores se alejan de la Iglesia, muchas veces para incorporarse a grupos evangelistas protestantes, hasta ahora más activos y sensibles a sus peculiaridades. Aunque también hay noticias esperanzadoras: crece el número de hispanos que después de una experiencia evangelista vuelven a la Iglesia católica. Una pastoral católica «liberacionista» ha alimentado la migración hacia el protestantismo; el retorno a una pastoral más tradicional, por el contrario, está dando sus frutos y revertiendo esta tendencia.

Freno a la marea indigenista

LA derrota de Ollanta Humala en Perú a manos de Alan García (el corrupto presidente que llevó al caos a su país en los años ochenta y que ahora, visto el panorama, aparece como un serio estadista, todo un síntoma de la degradación que vive la América hispana) parece detener por el momento la marea de populismo izquierdista indigenista que impulsan desde Cuba y Venezuela los presidentes Fidel Castro y Hugo Chávez. El ascenso de una nueva izquierda centrada en la transformación de costumbres al estilo «zapaterista» en el Cono Sur (Bachelet en Chile, Kirchner en Argentina) supone además un apoyo al auge del indigenismo en la región andina, muy reforzado por la llegada al poder de Evo Morales en Bolivia. El común denominador

podemos encontrarlo en un discurso socialista y un recurso continuo a la demagogia e incluso a la violencia en casos extremos. La derrota del candidato «chavista» en Perú detiene por el momento esta marea, si bien la situación sigue siendo muy complicada.

Complicada no sólo para las inversiones extranjeras, sino sobre todo para los propios países, cada vez más abocados al abismo de la pobreza, y para la Iglesia católica, acosada por estos movimientos. A este respecto pueden hacerse dos observaciones. En primer lugar, las recetas propuestas por el populismo indigenista son un billete seguro a la miseria. Algunos dirán que es donde ya están y no les faltará razón. En el fondo, subyace el modo en que los países hispanoamericanos accedieron a la independencia: por encima de mitos bolivarianos, las elites criollas quisieron independizarse de España para implementar sus ideas ilustradas y acceder al monopolio del poder. Sin la protección de España sobre los indios y mestizos, las elites criollas han gobernado sus países como si fueran posesiones coloniales, condenando a las poblaciones indígenas a la marginalidad. Así, han conseguido una gran concentración de riqueza en manos de unos pocos, pero los países iberoamericanos, con alguna honrosa excepción, han mantenido unos niveles de pobreza enormes. Las mal llamadas reformas de la última década no han sido más que un maquillaje insuficiente para evitar el colapso del sistema. En este contexto se comprende que muchos estén ávidos de escuchar al primer demagogo que les promete salir de esta situación con recetas mágicas.

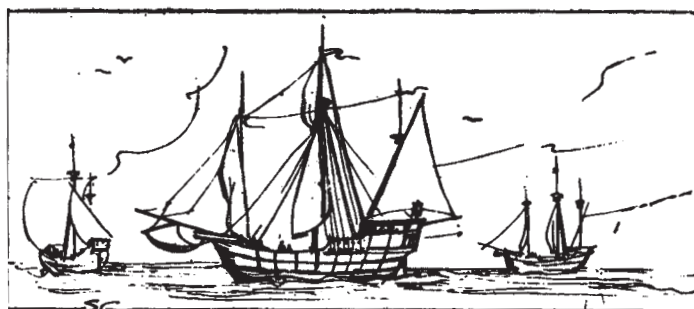
En segundo lugar, hay que recordar que detrás de este indigenismo que nos presentan como un legítimo afán de justicia subyace un profundo odio a todo lo católico. Es curioso advertir cómo los comunistas y los propugnadores de la teología de la liberación se han metamorfoseado en defensores del indigenismo. De un indigenismo que no tiene nada de indígena y sí mucho de las ideologías occidentales que, haciendo gala de odio hacia sí mismo, combaten la impronta cristiana en nuestra civilización. Los ritos precristianos que, por ejemplo, Evo Morales no se ha recatado de ejecutar en público van de

la mano con la creciente presión anticatólica, con episodios de desbordamiento violento incluidos. Estamos, pues, ante tiempos difíciles para la Iglesia de los que, a buen seguro, saldrá fortalecida y más fiel a su Esposo.

La Televisión polaca, demostración de cómo se recibe al Santo Padre en un viaje apostólico

LA Televisión pública polaca (TVP) decidió no emitir anuncios publicitarios de alcohol, anticonceptivos o lencería durante el viaje oficial del papa Benedicto XVI a Polonia a finales del pasado mes de mayo. Asimismo, prohibió hacer cualquier insinuación ordinaria, según las directrices que se hicieron llegar a los presentadores de la TVP antes del inicio de la primera visita del Pontífice a este país el 25 de mayo. «Existe siempre el riesgo de que el fiel pueda sentirse dañado si el programa de la visita del Papa se ve interrumpido por anuncios frívolos», indicó Zbigniew Badziak, responsable de la publicidad en TVP, la red pública que controla las tres cadenas de la televisión nacional.

En Polonia, la patria de Juan Pablo II, predecesor de Benedicto XVI, la televisión estatal (comunista en su momento) imponía prohibiciones similares durante las visitas de Juan Pablo II. «De momento ya se ha producido una reducción importante en el suministro de anuncios de este tipo en previsión de las restricciones», agregó Badziak. Las restricciones afectan en torno al 10 por ciento de los anuncios que se emiten normalmente. «Por ejemplo, el anuncio de unos televisores que se promocionan a través de unas frívolas imágenes, sólo se emitieron, antes de la llegada del Santo Padre, a partir de las diez de la noche, pero durante la visita del Papa no aparecieron bajo ningún concepto. Es una muestra de que independientemente de la ideología del gobierno, ante todo está el respeto y el servicio al ciudadano, ya que el gobierno no sólo sirve a aquellos que siguen determinadas ideologías. Si un país recibe al Santo Padre ha de saber cómo debe actuar en todos los campos en la preparación y durante su visita».



ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

DAVID AMADO

Dos héroes de la caridad

SAN MÁXIMO EL CONFESOR

SAN VICENTE DE PAÚL

Centurias sobre la caridad / Conferencias

Edición de Teodoro H. Martín

Madrid, BAC, Col. Clásicos de la Espiritualidad

Clásicos de la Espiritualidad es una excelente colección fiel a su nombre. Sería deseable que alcanzara una difusión grande porque lo que nos ofrece son auténticas perlas de la larga historia de la espiritualidad cristiana. En este volumen se han unido a dos autores distantes en el tiempo pero unidos por un mismo tema, la caridad. A pesar de ello hay grandes diferencias de planteamiento y de destinatarios que conviene señalar.

De Máximo el Confesor se han traducido las cuatro centurias dedicadas a la caridad. Máximo nació a finales del siglo VI y fue una especie de monje itinerante, perseguido además por el emperador por la firme oposición que mantuvo este santo contra la herejía monotelita, que negaba en Cristo la existencia de dos voluntades, una humana y otra divina. Por ello se le cortó la mano derecha y la lengua. Máximo, considerado una cima mística de la Iglesia griega, escribió sus centurias, que son una especie de máximas extraídas mayormente de los padres de la Iglesia. Siendo un trabajo recopilatorio tiene, sin embargo, un gran orden interno de tal manera que puede considerarse como un verdadero tratado de espiritualidad. Es más, en manos de Máximo esas sentencias alcanzan una altura especial al colocarlas todas bajo el prisma de la caridad. En las centurias, Máximo, en polémica con los defensores de la gnosis, unos intelectualistas para entendernos, coloca en el centro de la espiritualidad la caridad. Se trata de un texto importante, poco conocido y que ahora, gracias a esta edición, está al alcance de todos los públicos.

San Vicente de Paúl es el gran santo del siglo XVII.

Su interés por la caridad no es especulativo sino práctico. El fue el gran reformador del clero francés y el apóstol de los pobres. Con esa finalidad puso en marcha dos grandes instituciones, la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad. Se han seleccionado algunas de las conferencias que mantuvo frecuentemente con las hermanas y con los sacerdotes. De su lectura resulta un hombre cuya espiritualidad está totalmente traspasada por el amor a Dios y el celo por las almas, especialmente los pobres. Con exquisito equilibrio une la preocupación por las carencias materiales con el verdadero celo espiritual. Además Vicente no era nada amigo de las teorizaciones. Lo suyo es una espiritualidad del sentido común transfigurado por el amor. Es bonito ver la sencillez con que habla, especialmente a las Hijas de la Caridad, llevándolas a lo más alto desde los detalles más nimios. Muchas de las hermanas eran campesinas sin apenas formación y algunas ni tan siquiera sabían leer ni escribir. Ello no fue obstáculo para guiarlas a la santidad mediante el servicio a los pobres. Vicente, que revolucionó la caridad cristiana por la empresa que puso en marcha y que aún perdura influyó también en la condena del jansenismo por parte de la Iglesia. En la introducción, que sitúa bien la importancia del santo en la historia de la Iglesia, se pondera poco este aspecto. Se habla, con razón, de la delicadeza con que trató a Saint-Cyran, al que nunca negó su amistad. Pero Vicente juntó el amor hacia las personas con el amor a la fe de la Iglesia. Y, como señala en sus cartas, ya antes de que el jansenismo fuera condenado él percibió que no podía ser verdad. La razón era muy sencilla: veía como esa doctrina apartaba a la gente de la comunión. Y eso no podía venir de Dios por muy sabios que fueran sus promotores.

Estas dos obras, unidas en este volumen, deben ayudar a conocer el gran tesoro de los autores espirituales de todos los tiempos. Sería deseable que tuviera amplia acogida.





emos leído

ALDOBRANDO VALS

Los límites del mal

El abad del monasterio benedictino del Barroux, el padre Luis-María, osb, aborda con motivo de la Pascua uno de los grandes misterios de la historia de la humanidad, la aparente victoria del mal en algunos periodos y la imposibilidad de ponerle límites. Sus palabras pueden ayudarnos a atisbar la respuesta a la pregunta del Papa en Auschwitz:

Contemplando el mundo uno puede preguntarse con inquietud si el mal encuentra límites. El balance es tremendo: la barbarie, la agresividad, la espiral infernal del aborto, de la eutanasia, de la cosificación del hombre, la inmoralidad, el hostigamiento de los lobbies homosexuales, la sed de poder y de dinero.

Es en la Biblia donde vemos aparecer claramente el primer límite: el castigo. Después de su pecado, Adán y Eva fueron expulsados del paraíso y la serpiente fue condenada a arrastrarse sobre su vientre. Pero esto no bastó para impedir que la espiral del mal se desarrollase. Caín mata a su hermano Abel, y Lamek entona su terrible canto: «Yo maté a un hombre por una herida que me hizo y a un muchacho por un cardenal que recibí. ¡Caín será vengado siete veces, mas Lamek lo será setenta y siete!» El mal parece poseer en él como una fuerza vital que se desborda si nada la detiene. San Benito da en la Regla todo un código penitencial para corregir a los malos monjes; conocía bien la fuerza contagiosa del mal y del mal ejemplo. El Padre Abad, como toda autoridad legítima, tie-

ne el deber de reprimir el mal. Pero san Benito sabe también que cuando el padre abad ha utilizado todo lo que está en su poder, no queda otro recurso que la oración. Pues, como decía santa Teresa del Niño Jesús, es más difícil convertir un alma que impedir que salga el sol.

Sólo Dios puede, en definitiva, vencer el avance del mal. Aquí encontramos toda la certeza y la alegría de la Virgen, cantando la fuerza de Dios que actúa secretamente hoy y que se revelará en el gran día. El canto del Magnificat es un canto de victoria sobre el mal: «Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazon. Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos despide vacíos». Es un límite infranqueable que Dios impone definitivamente al mal.

Pero hay otro límite, más poderoso, más profundo, pues toca a las almas: la misericordia. Dios puede cambiar los corazones, puede salvar el mundo y transformarlo. La garantía de su poder contra las fuerzas del pecado y de la muerte nos ha sido dada por la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. El Triduo pascual es la gran victoria del bien de Dios sobre el mal del mundo. Esta victoria es una transformación del mal en bien y sucede en el Sagrado Corazón de Jesús. Lo que exteriormente es una violencia brutal —la crucifixión—, se convierte interiormente en el acto de un amor que se da totalmente. Tal es la transformación sustancial que se ha realizado en el Cenáculo y que hace nacer un proceso de transformaciones cuyo último término es

la transformación del mundo hasta que Dios sea todo en todos (cf. I Cor 15, 28). (Benedicto XVI, homilía del 20 de agosto de 2005 en Marienfeld). Esta transformación es la primera y más fundamental victoria sobre el mal. Jesús no se ha dejado vencer por el mal sino que ha vencido el mal por el bien. Es precisamente por ello que asistimos a la santa misa, que hace presente esta victoria fundamental y escondida y donde el bien vence nuevamente al mal.

Os dejo con un texto del cardenal Journet que os animo a meditar y vivir:

«Es necesario que en cada generación sople el huracán de amor de su Esposo de sangre. Aunque hay quien se distrae en la misa, hay en la Iglesia quien no está distraído, quien está en la contemplación profunda de estas cosas, guardándolas en su corazón. Y cada vez que una misa se celebra, incluso si se celebra en la distracción o en una semiconsciencia, reequilibra el mundo entero. Está el poder del mal de un lado, “las potencias del mal” de las que habla san Pablo en su Epístola a los Efesios (6, 12) y la gracia de Dios del otro. El mal parece dominarlo todo. El mal aparentemente es más poderoso que el bien. “El odio brilla más que el amor”, decían los fascistas. Aparentemente el mal triunfa en el mundo, aparentemente, pero el bien está más escondido y destruye las construcciones del mal, que se hunden las unas sobre las otras.»

»Y cada vez que se celebra una misa, hay un huracán de amor que descende sobre la Iglesia, para reequilibrar el mundo y no permitir jamás que el mal prevalezca sobre el bien. Si, en un momento

dado, el mal debiera prevalecer sobre el bien, Dios haría estallar el planeta antes de que eso sucediese». (cardenal Journet: conferencia sobre la Eucaristía dada en la abadía de Jouques).

El cardenal Swiatek, héroe en el gulag soviético

José Luis Restán, desde el suplemento «Iglesia» de Libertad Digital, nos recuerda, a partir de la figura del cardenal Swiatek, verdadero testigo de Cristo en las peores circunstancias, la fuerza irresistible de la fe y cómo los débiles, cuando se unen a Cristo, ven caer las más encumbradas torres del poder humano. En nuestros días es más necesario que nunca recordar esta verdad, avalada además por la historia más reciente.

El pasado 15 de junio el Papa aceptó la renuncia del cardenal Kazimierz Swiatek, el último purpurado testigo del gulag, memoria viviente de la Iglesia que padeció el martirio en la Unión Soviética. Desde 1991 era arzobispo de Minsk-Mohilev en Bielorrusia, el país que sufre la legislación más restrictiva en materia religiosa de toda Europa. Quizás por eso el Papa no ha querido dispensar a este gigante de la fe del duro trabajo de guiar a su pueblo hasta los 91 años.

Y ciertamente han sido años bien trabajados. Nació en 1914 en Walga, entonces localidad de la Polonia oriental y hoy perteneciente a Estonia. A los pocos meses de ser ordenado, el ejército soviético invadió Polonia; no sin algo de ironía, el cardenal explicaría años más tarde que desde aquel momento se convirtió en ciudadano soviético, «algo que no sólo me ha traído privilegios en la vida». Al poco tiempo sufre su primer arresto por el KGB, que lo interrogó 59 veces en dos meses, pero la ofensiva alemana en el

frente ruso le permitió recobrar la libertad y regresar a su parroquia, donde le esperaba una nueva sorpresa, ya que la casa rectoral había sido ocupada por la Gestapo. A pesar de todo, pudo desempeñar su ministerio durante la ocupación alemana, hasta 1944.

El avance incontenible del ejército rojo sellará la incorporación de aquellos territorios a la Unión Soviética, y marcará el inicio de un largo calvario para el joven sacerdote. Inmediatamente fue detenido y condenado a diez años de trabajos forzados, primero en el campo de Marwinsk, en la Siberia oriental, donde cortaba madera, y más tarde en Vorkutá, en las costas del Ártico, donde los condenados sobrevivían a duras penas con una ración diaria de 300 gramos de pan bajo terribles temperaturas. Durante aquellos años, Kazimierz sólo pudo decir misa a escondidas en contadas ocasiones; entonces guardaba la comunión en una caja de cerillas para llevarla a los prisioneros católicos del campo, a los que procuraba confortar en la fe, sabiendo que con ello se jugaba la vida. En 1954, tras la muerte de Stalin, recobró la libertad y volvió a Minsk, convertida en capital de Bielorrusia, donde encontró un panorama desolador: el 90% de las iglesias habían sido destruidas, y la mayor parte de los sacerdotes habían desaparecido, la catequesis estaba prohibida y la propia administración del bautismo a los niños implicaba graves riesgos para las familias. Durante décadas, un puñado de sacerdotes como Kazimierz, siempre bajo vigilancia, ayudaron a dos millones de católicos a mantener viva la llama de la fe en el territorio de la actual Bielorrusia.

Sólo con los nuevos aires de la perestroika de Gorbachov la Santa Sede pudo reconstituir la jerarquía en los territorios de la URSS. En 1991 Juan Pablo II nombró a Kazimierz Swiatek arzobispo de Minsk-Mohilev. Tenía entonces 77 años, una edad a la que la mayor

parte de los obispos pasan al retiro. Sin embargo, para él empezaba la nueva aventura de reconstruir la Iglesia en Bielorrusia desde los cimientos. Durante estos años el anciano pastor curtido en los fríos del Ártico ha trabajado sin descanso para revitalizar la fe del pueblo, en medio de nuevas dificultades. Con la desmembración de la URSS Bielorrusia pasó a ser dirigida por el autócrata Lukashenko, que ha frenado todo intento de verdadera democratización y que en 2002 aprobó una durísima ley que limita gravemente la libertad religiosa. Así, la Iglesia ortodoxa es considerada prácticamente como Iglesia nacional, a pesar de que existe un 20% de población católica con profundas raíces en el país, y el Estado impone grandes dificultades a la entrada de sacerdotes extranjeros, que serían necesarios para paliar el déficit arrastrado desde la etapa soviética. Por otra parte, el ateísmo práctico también asoma su larga sombra tras el gran vacío que dejó la ideología comunista.

Sin embargo, el cardenal Swiatek ha podido ver como se levantaban sendos seminarios con un centenar de jóvenes, que se preparan para el sacerdocio, así como el retorno de muchos jóvenes a la vida eclesial, el florecer de la catequesis en las parroquias y la creación de una editorial católica. Son los frutos de quince años de incansable trabajo, por los que no ha dejado de bendecir a Dios ni un solo día. Cuando le preguntan sobre la época terrible del gulag, el cardenal responde sencillamente: «Siempre he pensado que toda mi vida depende de Dios; si el Señor tenía un plan para mí después de aquellos años, me permitiría seguir viviendo; y así ha sido». En efecto, la vida de Kazimierz Swiatek nos hace ver que la fe hace renacer lo humano incluso en las situaciones más oscuras de la historia. Su testimonio es ya parte indiscutible de la limpia alegría de la Iglesia.

El arco iris de la «Pax Romana»

En el número de la revista correspondiente al 15 de junio de 1946, aparecía un artículo del padre Ramón Orlandis titulado «El arco iris de la “Pax Romana”». En el libro que se publicó con ocasión del setenta y cinco aniversario de Schola Cordis Iesu en el año 2000 –al que dimos el nombre en recuerdo de uno de sus fundamentales escritos de Pensamientos y ocurrencias–, recogiendo diversos artículos del padre Orlandis se reproduce dicho artículo y en la breve nota introductoria se dice de él que es «uno de los artículos definitorios del pensamiento del padre Orlandis» y ello a pesar de ser un artículo circunstancial, la contribución de CRISTIANDAD al XIX Congreso Internacional de «Pax Romana».

El tema general es, una vez más, la íntima conexión, más aún, la «fusión» entre la devoción al Corazón de Jesús y la afirmación de su realeza sobre toda la humanidad, tal como lo presenta León XIII al anunciar la consagración del mundo al Corazón de Jesús en la Annum Sacrum. Y a este propósito plantea allí el padre Orlandis una «aporía» que es útil recordar ahora. Escribe el padre Orlandis: «¿por qué presentarle como Rey, como Soberano, para mover a los hombres al amor perfecto de Jesús?» ¿No basta la riqueza y virtualidad que se contiene en la misma devoción a su Corazón?

Y, resumiendo, esta es la solución de la aporía: la idea de Cristo Rey no disminuye sino que incrementa esencialmente la comprensión de la verdadera devoción al Corazón de Jesús. Jesús se nos muestra todavía más amable cuando consideramos que es realmente el Rey del universo. Un rey que se abaja no deja por ello de ser verdaderamente el rey y tanto más se hace amar cuando llegamos a entender que de su reinado ha de venir al mundo la anhelada pero imposible paz.

Pero esta solución se mantiene todavía en el plano esencial. Falta todavía la consideración existencial. La dificultad emerge con fuerza cuando aquellos deseos del papa León XIII, como lo serán después los de Pío XI en la Quas primas, cuando instituye la fiesta de Cristo Rey, parece que no se podrán cumplir porque si los hombres no han llegado a entender el amor del Corazón de Jesús tampoco parecen dispuestos a aceptar su soberanía.

La dificultad de suyo se planteaba ya en el último tercio del siglo XIX de forma contemporánea a la incansable actividad del que fuera verdadero fundador del Apostolado de la Oración. Pero el santo padre Ramière veía este «choque» como la manifestación de una esencial oposición que sería vencida por la misma Providencia que había permitido su manifestación. Y esta victoria se ponía especialmente de manifiesto por la creciente comprensión de la idea, antes menos conocida, de la realeza de Cristo.

En la actual situación se hace más urgente y comprensible la nueva consideración en la que nos introdujo el padre Orlandis prudente pero insistentemente: la realeza de Cristo es una idea no sólo coherente con las promesas del Sagrado Corazón sino que es providencialmente adecuada a las más claras y reiteradas profecías bíblicas. Pasamos así de una coherencia esencial a una adecuación existencial. Y el pensamiento del padre Orlandis cobra hoy una especial actualidad. Nunca la Iglesia católica había estado tan atenta al Antiguo –o primer– Testamento. Y son los devotos del Corazón de Jesús los que descubren, aceptan y anhelan la manifestación del Hijo de Dios en su gloriosa venida, cerrándose así el ciclo de la esperanza fundada en la entrañable misericordia que brota del Corazón traspasado de Jesucristo. En efecto, las encíclicas Annum Sacrum, Misericordissimus Redemptor, Quas primas y Summi Pontificatus nos han preparado el camino para tener la esperanza de la plena manifestación del Rey de reyes y Señor de los señores que trae su reinado de paz y de amor.

El padre Orlandis prolonga y supera, en cierto sentido, el planteamiento del padre Ramière. Las «leyes» sociológicas que el jesuita francés nos dio a conocer culminan en el padre Orlandis en un análisis teológico que incluye con mayor intensidad la consideración no sólo de aquellas encíclicas que el padre Ramière no conoció –pero, lo que es mucho más, las inspiró– sino que interpreta también el actual «giro» de la Iglesia hacia su propia misión que es la de ser llevada por el Espíritu hacia la plena realización de todas las antiguas y nuevas promesas.

La devoción al Corazón de Jesús, la afirma-

ción de su realeza y la esperanza de su triunfo son tres elementos inseparables. Sin la devoción íntima y tierna al Corazón de Jesús, la esperanza escatológica sería un milenarismo político del que el padre Orlandis nos ha de librar sin quitarnos la cierta esperanza del triunfo definitivo de Jesucristo. Cuando Jesucristo venga a reinar se cum-

plirá la profecía recordada por san Juan, cuando todos «verán al que traspasaron». El Corazón de Jesús es la señal, el arco iris, que cierra la tormentosa historia humana de negación de Cristo y anuncia a toda la humanidad el definitivo triunfo de Cristo Rey para alcanzar los bienes mesiánicos prometidos a Israel.

El congreso de «Pax Romana» que se ha de celebrar en España la segunda quincena de este mes de junio ha inducido a CRISTIANDAD a publicar este número. En él no hace sino reafirmar su idea, la que le dio vida; la que es la única razón de su existencia, la única justificación de los trabajos y sacrificios que se imponen o que soportan cuantos intervienen en ella.

No debemos ocultar —la justicia y la gratitud nos obligan a no ocultarlo— que con frecuencia nos llegan palabras de aliento, no tan sólo de España, sino también del extranjero, sobre todo de Portugal y de América. Estas palabras de aliento siempre traen consigo significación de benevolencia. Jamás dudamos de la sinceridad de quien nos las dice. Mas, no podemos disimularlo, a las veces nos asalta la duda, no de si somos objeto de benevolencia, pero sí, de si somos comprendidos. Y lo que nos pone recelosos es el saber que aún ahora, después de dos años de hablar al público nos llegan noticias de que no falta quien dice: ¿A qué va CRISTIANDAD? ¿Qué se propone? CRISTIANDAD, al oír esto, se queda como desconcertada, porque desde el primer día ha querido hablar con toda claridad y sinceridad, tanto que ya no sabe encontrar palabras más claras con que expresarse; por lo cual no le queda otro recurso que volver a repetir lo mismo, aun a riesgo de caer en la monotonía. Y esta es la razón principal que hace a CRISTIANDAD aprovechar la ocasión que le ofrece el congreso de «Pax Romana» para publicar este número que casi no será otra cosa que una antología de pasajes de números anteriores, en que tratando de la paz, y de la paz tal como la desea y busca «Pax Romana», ha formulado una y otra vez la idea que le ha dado la vida y en ella la conserva.

CRISTIANDAD y «Pax Romana»

La paz que desea y busca «Pax Romana» no es otra que aquella paz que tomó por ideal y divisa el Sumo Pontífice Pío XI desde el principio de su pontificado: «Pax Christi in regno Christi»; la paz de Cristo en el Reino de Cristo. Por esto «Pax Romana» se lo ha apropiado, ha hecho de esta expresión de Pío XI su propia divisa. Y CRISTIANDAD si no la ha tomado por divisa, la ha elegido por ideal. Por esto desde el primer momento ha trabajado por entender el genuino sentido de dicha fórmula, precisamente en los documentos pontificios que son de tal claridad, que no dejan lugar a discusión. Basta leerlos con atención, reverencia y docilidad. Por esto CRISTIANDAD para difundir su conocimiento y para facilitarlo, no ha cesado de insertar literalmente los fragmentos más

significativos de dichos documentos, ora en el cuerpo de los artículos, ora en la sección «Nova et vetera», y ha llamado en su auxilio al arte tipográfico para dirigir hacia ellos la atención del lector y facilitar la inteligencia.

Intención de este artículo

Dos años hace que CRISTIANDAD se publica y en uno y otro al llegar la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús le ha dedicado todo un número. Este año concurre esta fiesta en la segunda quincena de junio con el congreso de «Pax Romana» y el plan de que hemos hablado de dedicar a éste un número nos impedía hasta cierto punto seguir la costumbre de los otros dos años. Este impedimento en realidad es más aparente que real, porque según el pensamiento de Pío XI, la fórmula «La Paz de Cristo en el Reino de Cristo» es innegable que se ha de completar con esta otra «Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús». Por esto nosotros, que queremos ser discípulos fieles e íntegros del Magisterio pontificio, no sabemos separar estas dos fórmulas que creemos indivisibles. Y por esto nos ha parecido necesario al tratar de la primera no dejar en la sombra la segunda, y a esta intención responde el presente artículo.

La encíclica «Annum Sacrum»

Si algún día, benévolo lector de CRISTIANDAD —dado que no lo hayas hecho hasta ahora— te determinas a leer con interés y atención los documentos pontificios que tratan de la devoción al Corazón de Jesús y de su importancia, no andarás fuera de camino, a nuestro juicio, en comenzar tu tarea por la lectura de la encíclica *Annum Sacrum* de León XIII. Es aquella por la cual al finalizar el siglo pasado notificó al mundo entero su determinación deliberada de consagrarlo al Sagrado Corazón. Es ella un documento de tan subido valor, y de tan vital actualidad, que bien comprendido es suficiente para orientar al que no sabe qué rumbo seguir y para confortar el ánimo abatido del pesimista. Por otra parte, las gravísimas y ponderadas palabras con que el Papa expresa su pensamiento, tienen poder para impresionar al corazón del cristiano más frío. Tal vez asomará a los labios del incrédulo una sonrisa burlona al enterarse del remedio con que el Romano Pontífice espera que se han de curar los males del mundo actual. Pero ¿no se helará esta necia sonrisa, si cae en la cuenta de quién es el Papa

que propone la medicina con tanta fe en su eficacia? Si no ha llegado a lo más hondo de la irracionalidad e insensatez no podrá menos de respetar la augusta personalidad de León XIII, de rendir homenaje a la elevación de sus miras, de reconocer el valor de su sabiduría. ¡Tan lejos estará de mofarse de la luz sobrenatural que no pueden resistir sus ojos miopes y enfermizos! Con todo nos hacemos cargo de que para el incrédulo ha de ser una paradoja inexplicable el que puedan salir de la misma inteligencia las observaciones tan humanas de la celebrada encíclica *Rerum novarum*, y las sobrenaturales afirmaciones de la encíclica *Annum Sacrum*.

Mas el pensador creyente e iluminado por la luz superior de la fe, lejos de hallar oposición entre uno y otro pensamiento, echará de ver que en la encíclica *Annum Sacrum* se propone el complemento de la otra; el alma que le da vida. ¿No cierra el mismo León XIII la encíclica *Rerum novarum* con la solemne afirmación de que los problemas sociales de nuestros tiempos han de tener el principal remedio en una gran efusión de caridad, de aquella caridad cristiana que es el principio de la vida sobrenatural? Y, ¿dónde está la fuente única y siempre inagotable de esta caridad si no en el Corazón de Jesús? ¿Qué maravilla será, pues, que su Vicario en la tierra señale al universo entero dónde hallará el manantial del agua que le ha de sanar?

CRISTIANDAD y la encíclica «Annum Sacrum»

Decíamos más arriba que el ideal de CRISTIANDAD se cifra en estos dos lemas: 1.º Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús; 2.º La paz de Cristo en el Reino de Cristo. ¿Dónde podrá el mundo hallar la paz verdadera, que ha de ser fruto y exponente de su salud verdadera? En el Reino de Cristo; en el reconocimiento pleno y voluntario de la soberanía de Cristo, de su divina autoridad. Y, ¿cómo podrá ser llevado el mundo actual, incrédulo y rebelde, a reconocer y acatar la soberanía de Cristo? Por la devoción a su divino Corazón, por la creencia en sus promesas y por la confianza en sus auxilios.

Ahora bien, estos dos lemas y la conexión que los unifica queda todo ello probado y declarado en la encíclica *Annum Sacrum*. La conexión de estos dos lemas fue la estrella polar que guió los pasos del P. Enrique Ramière en todas sus empresas, y de su conocimiento y sentido hizo heredero al Apostolado de la Oración con el encargo de que éste los difundiera por el mundo. Y estos dos lemas y la conexión que los une, todo lo hallamos afirmado y declarado en la encíclica *Annum Sacrum*; más aún, todo lo hallamos allí incorporado por vez primera en el Magisterio pontificio de la Iglesia universal.

Con esto verá cualquiera el porqué CRISTIANDAD, que por cierto no es propiedad ni pertenencia del Apostolado de la Oración, pero que a él debe su espíritu y la formación de aquellos que desde su nacimiento han formado el núcleo de su redacción, aprecia y pone sobre su cabeza a la encíclica *Annum Sacrum*.

Una «aporía» verosímil

Con lo dicho se dará el lector cuenta y razón del consejo de comenzar sus lecturas por la encíclica de que tratamos. Al avanzar en su lectura se convencerá fácilmente que de verdad el sabio Pontífice afirma que el remedio único y eficaz del mundo actual no es otro que el reconocimiento y el acatamiento, pleno y voluntario, de la soberanía de Cristo, y por consiguiente, que al reinado de Cristo está vinculada la paz de Cristo, la paz sólida y estable, la paz que es condición necesaria de la prosperidad y del bienestar. «Entonces será posible, dice el Romano Pontífice, sanar tantas heridas; entonces revivirá todo derecho con esperanza de que recobre su prístina autoridad; y quedarán restituidas las galas de la paz; y caerán las espadas y huirán las armas de las manos; cuando todos aceptarán de buen grado la soberanía de Cristo y le obedecerán y toda lengua confesará que Jesucristo Nuestro Señor está en la gloria de Dios Padre».

Mas, bien podría suceder —no sería inverosímil— que antes de llegar a este pasaje, en que casi se contiene ya la conclusión de la encíclica, entrara un lector sutil en aquel estado de espíritu, al que los modernos aplican el vocablo griego *aporía*. Esto es, en aquella desazón desconcertante que es efecto de una duda no esperada; como suele acontecer en un razonamiento del cual esperábamos la deducción clara e indudable, y al no hallar la luz que se esperaba se siente un movimiento de decepción.

¿Puede esto acontecer en la lectura de la encíclica de que hablamos? ¿Es verosímil que acontezca? A nuestro parecer, no deja de ser posible. Vamos a declarar por qué.

Para que se eche de ver lo posible de la aporía reconstruyamos la argumentación de la encíclica, y lo que pretende en primer lugar demostrar.

La argumentación del Pontífice se dirige a demostrar la legitimidad de la determinación que ha tomado; la justificación del acto de consagración del mundo al Corazón de Jesús. Y el camino que sigue no es otro si no el poner de manifiesto la soberanía de Cristo y sus títulos, y el consiguiente derecho a que todos los hombres reconozcan y acaten esta soberanía. De aquí se deduce la obligación estricta en que están todos los hombres de reconocer esta soberanía.

Hasta aquí la fuerza de la argumentación es ineluctable. Entonces el Papa da un paso más, y declara en qué consiste la consagración y en qué está su justificación. La consagración no es una mera aceptación de la autoridad soberana de Cristo. Es algo más perfecto, más libre, más generoso; es un acto de agradecimiento, de noble fidelidad; es una afirmación de la espontaneidad con que el vasallo se entrega al soberano; cuya tendencia se dirige a significar, que aun en la suposición absurda de que el que se va a consagrar a Cristo Rey no estuviera en el deber de acatar su soberanía, él, por propia iniciativa, se entregaría a su divino servicio. Claro está que con sólo su declaración este acto queda justificado, como queda asimismo declarada su nobleza y generosidad y por tanto cuánto ha de ser agradable a Jesucristo.

Con estas indudables y generosas razones, mani-

fiesta León XIII la nobleza y la conveniencia del acto de consagración a Jesucristo.

Mas ahora precisamente se insinúa el peligro de la aporía. ¿No podría ocurrírsele a un lector de ingenio algo sutil, por no decir quisquilloso, una dificultad? Concedido, diría, que la argumentación demuestra, sin dar lugar a duda, que la consagración, o sea, la entrega de nuestra libertad, de nuestra personalidad a Jesucristo como soberano es acto razonable y de tendencia nobilísima. Pero, añadiría: Con perdón del papa León XIII y de su alta sabiduría, no veo cómo con esto queda demostrada la razón de la consagración al Corazón de Jesús. Verdad es que al Papa no le pasa por alto esta dificultad y que trata de obviarla.

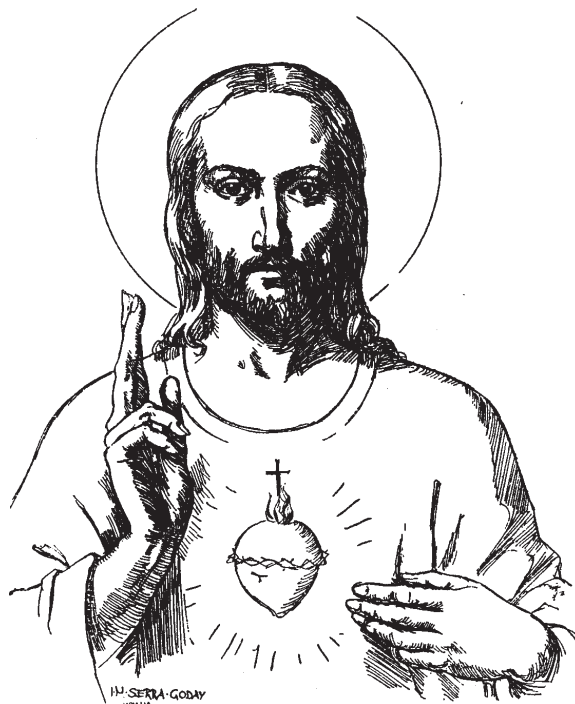
«... y porque en el Sagrado Corazón hay un símbolo y una imagen expresa de la caridad infinita de Jesucristo, la cual nos mueve al amor mutuo, será cosa muy conveniente el consagrarse a su Corazón augustísimo, y esto no es si no entregarse a Jesucristo y obligarse con Él, ya que cuanto honor, cuanto obsequio, cuanta piedad se ofrenda al divino Corazón, en realidad de verdad se ofrenda al mismo Jesucristo».

Toda esta doctrina del Pontífice está propuesta con claridad y razonada lógicamente. Mas el lector sutil, avanzando en su análisis escrupuloso, no cesa en su insistencia: ¿por qué entonces acudir a este rodeo? ¿Por qué no valerse desde el principio para justificar la entrega al Corazón de Cristo de un motivo de amor, como es el amor mismo de Jesús? ¿Por qué no decir desde luego, sin más ambages, al cristiano, al hombre, al linaje humano: ama a Jesús, por que Él te ama; entrégate por amor al amor de Jesús, conságrate por amor al Corazón amoroso de Jesús? Todas estas frases expresan la misma idea con matices diferentes. ¿Por qué presentarle como rey, como soberano, para mover a los hombres al amor perfecto de Jesús? Este título y aspecto siempre tendrá más eficacia para mover a la reverencia que al amor. ¿Por qué no valerse de otro título y presentar a Jesús como hermano primogénito, que ha llegado en su amor hasta el sacrificio de su vida; o como amante y como esposo de las almas —que a sus puertas cubierto de rocío— pasa las noches del invierno oscuras?

Camino de la solución de la aporía

Si, lector mío, amante de la verdad, si quieres que te hable con franqueza, lo que tú dices creo que pediría la psicología natural y aun tal vez la sobrenatural ordinaria. Así quizás discurriría cualquier persona piadosa que se preciara más o menos de ser conocedora del corazón humano. ¿Por qué los pontífices roma-

nos León XIII y Pío XI, que son los que expreso han tratado de la consagración al Corazón de Jesús, apoyan en primer lugar su motivación en la realeza, en la soberanía de Cristo, en su derecho de jurisdicción universal e irrenunciable, que a Cristo compete sobre cada hombre en particular, y sobre las sociedades y sobre todo el linaje humano? ¿Será que los romanos pontífices no conocen los resortes del humano corazón? ¿Será que no han profundizado la psicología de la devoción al Corazón de Jesús? ¿Quién se atrevería a pensarlo?



Veamos de hallar el camino que nos conduzca a una solución que aquiete la inteligencia. Para dar con él advertimos el punto de partida del discurso del Pontífice, y al propio tiempo pongamos la mira en el término a que se dirige. León XIII parte del supuesto que tiene delante de sí un mundo del cual una gran parte desconoce a Jesucristo, que jamás ha reconocido su soberanía, y aun quizá se resiste a conocerle; otra gran porción está constituida por los herejes y los cismáticos, que forman parte de comunidades separadas del Reino de Cristo, que es la Iglesia católica; otra parte, tal vez no menor, la integran los que hoy en día son multitud, los que habiendo nacido en el seno de la Iglesia rechazan su fe y su autoridad y viven en revolución contra la autoridad de Cristo.

En torno de sí contempla el Pontífice a los católicos, que conservan la fe de Cristo y profesan obediencia a su ley. Mas de éstos ¡cuántos viven en el frío de la indiferencia!

Una porción escogida se agolpa alrededor del Vicario de Cristo y se acoge a su dirección paternal. Son los fieles súbditos de Cristo, los que reconocen de palabra y de corazón su realeza. El mundo va de catástrofe en catástrofe y el corazón del Pontífice quiere la salvación de todos, el bienestar, la paz.

¿Dónde se hallará el remedio salvador? Las desgracias proceden de que el mundo persiste en su alejamiento de Cristo, en el desconocimiento y en la rebelión contra su divina autoridad. La salvación no puede estar si no en acogerse a Cristo, en el reconocer y acatar su soberanía.

Una corriente de espiritualidad cada vez más caudalosa y manifiesta, conduce a los fieles súbditos de Cristo a proclamar a la faz del mundo los derechos soberanos de su Rey. Un instinto, que no puede ser sino divino, induce en el pueblo cristiano la confianza de que en esta su profesión de fe está el germen de salvación. Es la devoción a Cristo Rey.

Mas he aquí que a la par se produce un fenómeno que no tiene explicación fácil en lo meramente hu-

mano: la fusión de la devoción a Cristo Rey con la devoción al Corazón de Jesús.

Allá en los albores de la devoción al Corazón de Jesús, tal vez la vidente de Paray-le-Monial entrevió la conexión providencial entre ambas devociones.

Sea lo que fuere de lo que conoció la Santa, más de siglo y medio transcurrió después de su muerte, sin que los devotos del Corazón divino entendieran aquellas divinas palabras: «Reinaré a pesar de mis enemigos», según la significación que hoy les damos; cosa que no tiene fácil explicación para quien haya leído con reflexión los escritos de santa Margarita.

Pero llegó el tiempo señalado por la divina Providencia, para que el pueblo devoto del Sagrado Corazón comprendiera la divina intención que aquel lenguaje encerraba. «Reinaré a pesar de mis enemigos», repetía sin cesar a su fiel discípula el Maestro soberano, y al llegar el tiempo oportuno, el pueblo piadoso y devoto del Corazón de Jesús comprendió que aquellas divinas palabras eran una respuesta anticipada al grito de la impiedad revolucionaria: «No queremos que este reine sobre nosotros». Y esta interpretación reveladora de las palabras de Cristo, necesariamente hubo de crear conexión tan íntima entre la devoción a la realeza de Cristo y la devoción a su Corazón divino, que no nos retractamos de haberla llamado fusión.

Adalid de esta conexión salvadora fue nuestro padre Ramière. El fue quien ya solicitó con insistencia de Pío IX la consagración del mundo al Sagrado Corazón, que cinco lustros después realizó León XIII. Si no consiguió la plena satisfacción de su deseo, no quedó del todo defraudada su esperanza; porque el mismo Pío IX vencido por la filial insistencia del buen Padre, si no quiso realizar por sí mismo el acto de la consagración mundial, permitió y aún procuró que todo el pueblo cristiano lo hiciera y él mismo aprobó y bendijo la fórmula de consagración redactada por el padre Ramière.

Es verdad que en esta fórmula no se hace mención expresa de la realeza de Cristo. Mas no se puede dudar del sentido que ya en aquel entonces le atribuye el pueblo fiel y devoto. Testimonio tenemos de ello en España, en el precioso libro de don Gabino Tejado, publicado a raíz de aquella consagración primera, titulado: *El catolicismo liberal*; puesto que en el comentario explicación de la fórmula prescrita se contiene una espléndida declaración de la soberanía de Cristo y de su excelencia, necesidad y eficacia.

Ya en el último cuarto del siglo pasado, esta manera de fusión entre ambas devociones llegó a ser tan del dominio popular, que vino a concretarse en una fórmula más expresiva. Ya no se afirmó solamente que la consagración al Sagrado Corazón ha de llevar al mundo al reconocimiento y acatamiento de la soberanía de Cristo, sino que se comenzó a usar aquella conocida expresión: «El reinado del Corazón de Jesús».

La ratificación del Pontífice

En el número 39 de *CRISTIANDAD* (1 de noviembre de 1945) publicamos un artículo que llevaba por título

«Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey». En él intentamos hacer resaltar la intención de Pío XI al instituir dicha fiesta, tal como se manifiesta en la encíclica *Quas primas*. Esta intención veíamos no ser otra, si no la de difundir más y más la idea y la doctrina de la realeza de Cristo, y el motivo que impulsaba al Papa a poner en ello tanto esfuerzo, hallábamos ser la persuasión de que dicha idea, bien comprendida y sentida, habría de mover a los hombres a reconocer la necesidad de acatar la soberanía de Cristo, en lo cual, según el mismo Papa, se encierra el remedio de todos los males del mundo, y su verdadero bien aun en el orden temporal; hasta el punto de afirmar que de dicho reconocimiento depende la posibilidad y la realidad de la paz social e internacional.

La eficacia salvadora del acatamiento de la soberanía de Cristo ya hemos visto más arriba cómo ya el papa León XIII la afirma y la pondera.

Pero aún hay más, en toda la encíclica de Pío XI trasciende un sentimiento de sobrenatural optimismo, es a saber, el sentimiento de la actualidad de la idea de Cristo Rey; actualidad que consistirá en una disposición singular de la actual sociedad para entenderla y en la explicitación evolutiva de su contenido que la adapta en forma especial a las inteligencias y aspiraciones de la actual sociedad: Diríamos que Pío XI considera a la idea de la realeza de Cristo como la idea-fuerza capaz de abrirse camino y penetrar en la entraña del mundo actual. A esta manera de adaptación le dábamos el nombre de *actualidad psicológica*.

Pero a renglón seguido añadíamos literalmente: «La esperanza de que el mundo quiera aceptar el reinado de Cristo fundada en su actualidad psicológica, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. ¡Cuántas veces el hombre ve lo que le conviene; lo aprecia en lo que vale; se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza! ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien?»

Contra esta incertidumbre e inseguridad en que nos dejaba la posible resistencia de la humana libertad, nos sentíamos confortados al considerar otra manera de actualidad de la idea de Cristo Rey: su actualidad providencial; aquella actualidad que le confiere, no el valor intrínseco de su contenido ni el atractivo que pueda o deba ejercer en el espíritu de nuestra sociedad la virtualidad satisfactiva de sus indigencias y aspiraciones, sino la fuerza que le sobreañade la providencia eficaz de Dios; la garantía de su divina promesa.

Mas, ¿no será un ensueño, una ilusión tal esperanza, la creencia de que Dios la garantiza? Y, supuesta la realidad de la garantía divina, ¿cuál será el objeto real de la legítima esperanza?

Es innegable que el pueblo cristiano y piadoso, el devoto fervoroso del Corazón de Jesús, vive en la esperanza de su reinado de justicia y de caridad. ¿Pero, sabe el pueblo piadoso, en realidad, lo que espera? ¿Qué se promete, por ejemplo, el pueblo español cuando confía en la conocida promesa hecha al padre Bernardo de Hoyos? ¿Qué cuando a voz en cuello entona «Corazón Santo, tú reinarás»? Por lo demás ¿quién le inspira esta creencia? ¿Es el Espíritu Santo o es una pura ilusión popular? Desde luego, hay que reco-

nocer que en el pueblo cristiano se infiltran a las veces vanas opiniones y hasta supersticiones ridículas. Pero, dado que un espíritu discreto sabrá fácilmente distinguir entre aquellas mentiras transitorias y localizadas, y esta esperanza general que lejos de desvanecerse con el tiempo, va creciendo, ¿será esta diferencia prueba suficiente de intervención providencial del Espíritu de Dios?

Inclinará no poco la balanza en favor del influjo de Dios en la difusión y consolidación de la piadosa esperanza, la indiscutible autoridad de las revelaciones de Paray, de donde toma su origen. ¿Qué es la piadosa creencia si no una interpretación razonable de las promesas de Paray? Y las promesas de Paray es verdad que nos constan solamente por revelaciones privadas, mas estas revelaciones son tales que la Iglesia, tan cauta y aun recelosa al juzgar en tales causas, y que en los casos más favorables no suele pasar más allá de la declaración magistral de que en la revelación encausada nada aparece contrario ni al dogma ni a la moral, ante las revelaciones de Paray modifica su actitud, y no duda en apoyarse en ellas al tomar determinaciones de importancia, como es la consagración del mundo al Corazón de Jesús. Claro es que este uso que de las revelaciones hace no las saca de

su índole privada. Pero, ¿quién se atreviera a negarlas, dado que es cierto que no incurriría en la pravedad herética, ¿se vería libre de la nota de temeridad?

Pero, hay más, mucho más. A favor de la piadosa creencia se nos da una prenda de su verdad de valor mucho más preciado. Es el voto de los vicarios de Cristo, de los papas León XIII, Pío XI y Pío XII, que en documentos de su magisterio ecuménico, dirigiéndose a toda la Iglesia católica, sin vacilaciones ni ambages, votan por la confianza piadosa; con lo cual la valorizan ante la conciencia cristiana. Ridículo sería defendernos contra quien sospechara que hacemos intervenir en este problema la infalibilidad pontificia. Pero no vayamos al otro extremo; sin necesidad de acudir al recurso de la infalibilidad del Papa, ¿pensará prudentemente quien juzgare que tres papas han hablado de ligero al confirmar en solemnes documentos la creencia popular? ¿Hasta tanto llegarían las permisiones divinas? Pero, ¿será verdad que tres vicarios de Cristo, en documentos solemnes, manifiesten participar de la confianza popular y la confirman con su sufragio?

Por lo que toca a León XIII, lo atestigua claramente el remate solemnísimos de su encíclica *Annum Sacrum*. Pues al finalizar la encíclica afirma el Papa sin dejar lugar a duda la eficacia de remedio y de sa-

lud, de justicia y de paz sólida, que aportaría al mundo alejado de Cristo el acatamiento de su soberanía divina. Y entonces con la intención manifiesta de inspirar alientos de confianza, suelta la rienda a su estilo y se remonta a las alturas de lo sublime a semejanza de los profetas de Israel y brota de su pluma aquella majestuosa comparación:

«Cuando la Iglesia cercana aún a sus orígenes se

sentía oprimida por el yugo cesáreo, se dejó ver la Cruz en lo alto, al joven emperador, prenuncio y causa a la par de la victoria nobilísima que al poco se siguió. He aquí que hoy se ofrece a nuestros ojos una señal dichosísima y divinísima: es a saber, el Corazón sacratísimo de Jesús, surmontado por la cruz, y refulgiendo entre llamas de purísimo resplandor. En Él hay que poner la esperanza; de Él hay que impetrar y esperar la salvación».

El paralelismo es perfecto. A Constantino se le aparece la Cruz, prenuncio y causa de la victoria, que inaugurará el Imperio cristiano. Al mundo actual una sola salvación le queda, la sujeción voluntaria a la soberanía de Cristo, es decir, la victoria de Cristo sobre el mundo por el amor; hoy aparece a nuestros ojos una señal divinísima, el Corazón de Jesús tal como apareció a santa



Margarita María, tal como el pueblo cristiano lo ha recibido por medio de ella en imagen. *Signum auspicatissimum*, prenuncio de promesas y victoria; de la victoria de Jesucristo por amor, sobre el mundo sublevado contra su imperio de amor. Huelgan los comentarios.

El papa Pío XI en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*, transcribe íntegramente aquel pasaje de León XIII, se lo hace suyo sin reserva, lo declara y lo confirma ampliamente, y después de recordar la solemne consagración del mundo, afirma que al instituir por su encíclica *Quas primas* la fiesta de Cristo Rey, ha querido dar complemento y perfección al acto de León XIII, el cual a su vez fue el resultado de la confesión de la realeza de Cristo, que entrañaban las consagraciones particulares al Corazón de Jesús, y concluye con aquellas palabras de mucha mayor claridad y precisión que las de León XIII: «Al hacer aquello —al instituir la fiesta de Cristo Rey— no tan sólo pusimos en evidencia la suprema soberanía que Cristo posee, sobre el mundo universo, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada hombre en particular, sino también anticipamos las alegrías de aquel día felicísimo en que el universo entero de grado y de voluntad obedecerá al imperio suavísimo de Cristo Rey».

Resta que prestemos oído a las palabras del pontífice reinante, que en su primera encíclica *Summi pontificatus* hace suyo cuanto nos han dicho León XIII y Pío XI:

«El arcano designio del Señor Nos ha confiado, sin algún merecimiento nuestro, la altísima dignidad y las gravísimas preocupaciones del Pontificado Supremo, precisamente el año en que se cumple el cuadragésimo aniversario de la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón del Redentor, que nuestro inmortal predecesor León XIII intimó al orbe, al declinar el pasado siglo, en los umbrales del Año Santo.

»¡Con qué júbilo, emoción e íntima aprobación acogimos entonces como mensaje celeste la encíclica *Annum Sacrum*, precisamente cuando, novel sacerdote, habíamos podido recitar: *Introibo ad altare Dei!* ¡Y con qué ardiente entusiasmo unimos nuestro corazón a los pensamientos y a las intenciones que animaban y guiaban aquel acto verdaderamente providencial de un Pontífice que con tan profunda agudeza, conocía las necesidades y las llagas manifiestas y ocultas de su tiempo! ¿Cómo, pues, no sentiremos hoy profundo reconocimiento a la Providencia, que ha querido hacer coincidir nuestro primer año de pontificado con un recuerdo tan importante y querido de nuestro primer año de sacerdocio? ¿Cómo no acoger con júbilo tal coyuntura para hacer del culto al Rey de reyes y Señor de señores como la plegaria del introito de este nuestro pontificado, con el espíritu de nuestro inolvidable predecesor, y para fiel actuación de sus intenciones? ¿Cómo no hacer de él el alfa y el omega de nuestra voluntad, de nuestra esperanza, de nuestra enseñanza y de nuestra actividad, de nuestra paciencia y de nuestros sufrimientos, consagrados todos ellos a la difusión del Reino de Cristo?

(...)

De la difusión y del arraigo del culto del divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona, no sólo en la consagración del género humano, al declinar el pasado siglo, sino aun en la introducción de la fiesta de la realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: «*impetuoso río alegra la ciudad de Dios*».

Cualquier declaración o comentario no haría si no oscurecer el pensamiento de los vicarios de Cristo.

Solución de la «aporía»

Un soberano amante del pueblo es digno de amor. Su persona es tanto más atractiva cuanto más aúna la bondad de corazón con la elevación de su majestad.

Es verdad que Jesús amigo, Jesús hermano, Jesús esposo atrae más fácilmente el corazón y lo mueve a ternura. Pero considerado el plan de Dios cifrado en aquella fórmula «al Reino de Cristo por la devoción y el amor al Corazón de Jesús», es más conducente a este plan hacerle amar de los hombres como rey soberano, mucho más siendo como es, según dice León XIII, rey que reina por la verdad, por la justicia, por el amor.

El arco iris de «Pax Romana»

Bastará leer con atención los pasajes transcritos en este artículo de los documentos pontificios para echar de ver que la paz a que aspiran los pontífices romanos, la paz que esperan del Corazón de Jesús, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, no es aquella paz precaria y circunstancial que puede dar la diplomacia, o los tratados internacionales. No es una paz condicionada a las tristes circunstancias actuales. Esta es la paz del mal menor, a la cual es prudente acogerse, cuando no puede alcanzarse el bien mayor. Será una paz que un pontífice romano admitirá prudentemente, como la habrían admitido tantos pontífices romanos. Pero no es la auténtica *Pax Romana*: la paz de Cristo en el Reino de Cristo.

La auténtica *Pax Romana* va precedida de una señal, de la señal de un arco iris. ¿Y cuál es este arco iris de paz? Nos lo dice Pío XI en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*: «Así como en los tiempos antiguos, al salir la familia humana del Arca de Noé quiso Dios que les brillara un signo, el arco que apareció en las nubes, así en las circunstancias turbulentísimas de la edad moderna... el benignísimo Jesús manifestó en lo alto a los pueblos su Corazón sacratísimo, como bandera de paz y caridad, prenda segura de la victoria en la lucha».





LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

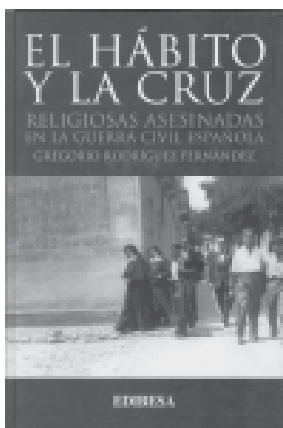
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patrística, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

Este mes recomendamos:



El hábito y la cruz

Autor: Gregorio Rodríguez Fernández
Editorial Edibesa
614 páginas
19,75 €

Entre las atrocidades perfectamente documentadas que se cometieron en la Guerra Civil Española está el asesinato de 296 monjas de clausura y religiosas de diversas congregaciones que atendían asilos de ancianos, orfanatos, hospitales o colegios. En este libro se recogen la identidad,

la trayectoria y las circunstancias de persecución y martirio de las 296 religiosas.



Dos papas, una familia

Autor: Paloma Gómez-Borrero
Editorial Temas de Hoy
220 páginas
17,50 €

Juan Pablo II centró su pontificado en tres aspectos fundamentales: su devoción a la Virgen, su amor por los jóvenes y su defensa a ultranza de la familia. Pero nunca estuvo solo en la elaboración de su pensamiento. Siempre estuvo a su lado su fiel amigo Ratzinger. Benedicto XVI

se siente ahora en la senda de su predecesor y continúa con idéntico mensaje de que la familia es la base de cualquier sociedad.

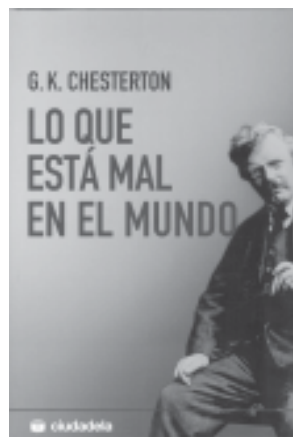


Terra erma

Autor: Josep M. Mundet Gifre
Editorial Palahí
296 páginas
15,00 €

«Terra erma» (Tierra yerma) novela el espíritu con que se vivió, en el seno de muchísimas familias, la lucha por la tradición durante la primera guerra carlista en Cataluña: dos historias paralelas, la del voluntario que pasa de la inmadurez y las dudas al convencimiento firme, y la de sus padres, que pagan su entre-

ga con el destierro y el secuestro de su casa y de sus tierras. Una obra llena de emoción y de realismo.



Lo que está mal en el mundo

Autor: G. K. Chesterton
Editorial Ciudadela
208 páginas
19,50 €

Chesterton aborda los temas con firmeza, no se esconde tras el parapeto de lo políticamente correcto y se mete de lleno en el mundo de las ideas, creando un debate que, en esencia, se mantiene hasta hoy mismo. La libertad, la familia, la democracia y la propiedad son algunas

de las grandes cuestiones que se tratan con gran discernimiento y clarividencia.

CONTRAPORTADA

A través del Corazón de Jesús se manifestó de manera sublime el Amor de Dios hacia la humanidad

Queridos hermanos y hermanas:

El viernes pasado celebramos el Sagrado Corazón de Jesús, celebración que une acertadamente la devoción popular con la profundidad teológica. Era una tradición, y en algunos países sigue siéndolo, la consagración al Sagrado Corazón de las familias, que tenían una imagen suya en su casa.

Las raíces de esta devoción se hunden en el misterio de la Encarnación: precisamente a través del Corazón de Jesús se manifestó de manera sublime el Amor de Dios hacia la humanidad. Por este motivo, el auténtico culto al Sagrado Corazón mantiene toda su validez y atrae especialmente a las almas sedientas de la misericordia de Dios, que en él encuentran la fuente inagotable, en la que pueden sacar el agua de la Vida, capaz de regar los desiertos del alma y de hacer que vuelva a florecer la esperanza.

BENEDICTO XVI: Ángelus, domingo, 25 de junio de 2006

El mes de junio se caracteriza, de modo particular, por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Celebrar el Corazón de Cristo significa dirigirse hacia el centro íntimo de la persona del Salvador, el centro que la Biblia identifica precisamente con su corazón, sede del amor que ha redimido el mundo.

Si ya el corazón humano representa un misterio insondable que sólo Dios conoce, ¡cuánto más sublime es el Corazón de Jesús, en el que late la vida misma del Verbo! En él, como sugieren las hermosas letanías del Sagrado Corazón, haciéndose eco de las Escrituras, se encuentran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y toda la plenitud de la divinidad.

Para salvar al hombre, víctima de su misma desobediencia, Dios quiso darle un «corazón nuevo», fiel a su voluntad de amor (cf. Jr 31, 33; Ez 36, 26; Sal 50, 12). Este corazón es el Corazón de Cristo, la obra maestra del Espíritu Santo, que comenzó a latir en el seno virginal de María y fue traspasado por la lanza en la cruz, convirtiéndose de este modo, y para todos, en manantial inagotable de vida eterna. Ese Corazón es ahora prenda de esperanza para todo hombre.

¡Cuán necesario es para la humanidad contemporánea el mensaje que brota de la contemplación del Corazón de Cristo!

JUAN PABLO II: Ángelus, domingo 23 de junio de 2002